

Grabado en piedra

# LAS MUJERES DE SENDERO LUMINOSO

Robin Kirk

MINIMA IEP



Grabado en piedra

LAS MUJERES DE SENDERO LUMINOSO

Grabado en piedra  
LAS MUJERES DE SENDERO  
LUMINOSO

*Robin Kirk*

COLECCION MINIMA 29

© IEP ediciones

Horacio Urteaga 694, Lima 11

Telf. 32-3070 / 24-4856

Fax [5114] 32-4981

Impreso en el Perú

1ra. edición, agosto 1993

1,000 ejemplares

ISBN 84-89303-25-8

ISSN 1019-4479

Traducción y corrección de estilo: Enrique Bossio Edición y diseño: Gonzalo Nieto Degregori

KIRK, Robio

Grabado en piedra. Las mujeres de Sendero Luminoso.-- Lima: IEP, 1993.--  
(Colección Mínima, 29)

MUJERES/SENDERO LUMINOSO/VIOLENCIA POLITICA/PARTIDOS  
POLITICOS/ CARCELES/ GUZMAN, ABIMAEI/PERU/ AYACUCHO/

W 105.01.01/M/29

## AGRADECIMIENTOS

Mucha gente me ayudó a escribir estas páginas. Lo bueno se lo debo a ellos, y lo malo a mis propias fallas. Lamentablemente, debido al tema de este trabajo, temo que estén mejor servidos con el anonimato. Guardo gratos recuerdos de mi amistad con Vera Lentz, incansable compañera de viaje y maestra; y quiero dedicarle un saludo especial a Betty, quien una tarde encontró el coraje que necesitaba para contarme su vida.

## PREFACIO

Cuando empecé a escribir estas páginas en 1991, pocos reconocían o prestaban atención a la presencia de mujeres en Sendero Luminoso. Aunque su importancia se me revelaba simplemente del análisis de recientes notas periodísticas sobre las acciones de la subversión, la participación de las mujeres era para otros un fenómeno siempre subordinado - atraídas con engaños por hombres, embaucadas por hombres, manipuladas por hombres. La imagen dominante era la de una mujer carente de visión política y usada como un instrumento por estos hombres violentos, psicópatas y sedientos de sangre.

Lo que encontré, sin embargo, es algo muy distinto. Las páginas siguientes representan mis esfuerzos por reconciliarme con lo que ví. Estas mujeres estaban lejos de ser subordinadas, lejos de ser estúpidas. De hecho, muchas eran bastante inteligentes, y habían pensado por mucho tiempo y en profundidad acerca de las consecuencias personales y políticas que subyacían a su decisión de unirse a Sendero Luminoso. Con algunas de ellas tuve largas y complicadas discusiones políticas. Con otras, sentí un inmediato horror al escucharles cantar los resabidos lemas de alabanza a la carnicería, intolerancia y terror.

En ningún momento fue este un tema fácil de comprender, mucho menos de escribir. Más bien, fue a

menudo un asunto tremendamente triste. Cuando justamente estaba acabando una versión a ser publicada en una revista en California (USA), recibí la noticia del asesinato de María Elena Moyano. A mi modo de ver, este encuentro trágico entre una mujer negra de gran determinación, acribillada por otra igualmente dedicada, pero a la cínica táctica del crimen político, debe ser recordado como un nadir en este prolongado conflicto.

¿Por qué se produjo este encuentro? ¿Qué, en la historia del Perú, incluso en la historia de las mujeres en América Latina, lo hizo posible? Para mí, el asunto es tan misterioso - y emocionalmente cargado - como otro encuentro, el del último Inca, Atahualpa, con el conquistador español Francisco Pizarro. Cuando ambos estuvieron frente a frente, deben haberse sentido impresionados por sus diferencias físicas. Uno de ellos enrojecido por el sol y cubierto de vellos; el otro, con la piel oscura como la tierra y lisa como un huevo. Ellos se contemplaron a través de la cultura, de hecho, una especie de grieta histórica.

Pero Moyano y su aún anónima atacante no podían sorprenderse sino de sus similitudes. Una y otra de piel oscura, ambas mujeres, las dos pobres. Vivían en la misma cultura, compartían la historia. Sin embargo, la experiencia las hizo enemigas a muerte. Esa escena, la que muestra a Moyano en el momento en que su atacante rompe el cerco de mujeres que la protegían en la fatal "pollada", no puede resumirse simplemente diciendo que la senderista estaba loca, o había sido embaucada o engañada por un hombre. Tampoco el feminismo moderno tiene espacio para ello. Sacó su arma y disparó contra la carne viva de Moyano. De hecho, el perfil de esta senderista es un *alter ego*, una fotografía en negativo de la mujer ideal imaginada por las feministas actuales: independiente, decidida, quizá con un doble papel en la vida - madre de día, subversiva de noche.

¿Es esto todo lo que el feminismo les ha dado -la

opción entre matar o no a otra mujer en nombre de una utopía que ni siquiera pueden describir? Fue esta misma mujer, u otra en quien ella confiaba, quien dejó la dinamita que acabó incluso con la apariencia de humanidad de esa valiente y honorable mujer. Yo no estoy afirmando que Sendero Luminoso constituye una insurgencia feminista. No puede negarse que están obediendo a un varón, el ubicuo Presidente Gonzalo, la enorme y todopoderosa espada del padre, parodia de simbología fálica que guía sus pensamientos. Pero, al mismo tiempo, las feministas no pueden ignorar o rechazar la existencia de estas mujeres, comprometidas con una causa que consideran satisface sus deseos de un mundo más justo, que incluye igualdad para todos.

Comprendo la pasión de Moyano por la justicia, su compromiso con los ideales de Villa El Salvador y su decisión de poner su propia vida en la línea de fuego en nombre de sus profundas creencias. Pero lo que me abruma, lo que me subleva y me lleva a escribir estas páginas, es lo que movió a su atacante, lo que se apoderó de ella y la forzó a hacer tal cosa.

Este ensayo está formado por estas frustraciones. No siento compasión por Sendero Luminoso. Como escritora y activista de derechos humanos, sigo criticando su sed de matanza, sus ideales totalitaristas. Pero criticar no basta. Si esta guerra va a cesar alguna vez, considero que los peruanos - y también los extranjeros a quienes "nos duele" el Perú- deben también esforzarse por comprender cómo llegó a formarse Sendero Luminoso, sobre qué fundamentos, y sobre la fuerza de las convicciones de qué personas. Tal comprensión debe ir seguida de la acción, para corregir las injusticias de las cuales el senderismo se ha valido para provocar esta terrible batalla. Sin ello, cualquier victoria es insustancial.

Octubre 1992



*Yerba salvaje, puro perfume  
Te suplico seguir mi camino  
Serás mi bálsamo y mi tragedia,  
mi perfume y mi gloria  
Serás el amigo que florece sobre mi tumba  
Allí, deja que la montaña me cubra,  
deja que los cielos me respondan.  
En la piedra, todo quedará grabado.*

-Edith Lagos

"Betty" tenía 17 años cuando huyó de casa. Su madre la había abandonado de muy pequeña, y su padre había muerto. Fue criada por una tía alcohólica que la golpeaba. Pero, a diferencia de otros que escapan sin saber dónde irán a parar, Betty tenía un plan.

Durante meses, algunos amigos le habían hablado de las guerrillas en las cercanías. Decían luchar contra la pobreza y para construir un gobierno del pueblo. Betty decidió unírseles, hacer algo - dice - contra la miseria y la injusticia.

A los 27 años, Betty probablemente aún se ve como era en ese momento: joven, pero medida en sus palabras, racional. Su cabello negro apenas roza el cuello de su camiseta. Sus ojos rasgados y pómulos pronunciados le confieren una belleza frágil, casi oriental. Sin embargo, creo que no repararía en ella si me la cruzara por la calle.

Estamos sentadas en el auto que he alquilado para llegar hasta aquí desde Huamanga, la ciudad donde nació el Partido Comunista del Perú-Sendero Luminoso. El único lugar en el cual Betty se siente cómoda para contarme su vida como senderista es el asiento trasero del auto, con las ventanas cerradas y a salvo de oídos extraños. Betty está en la hora de refrigerio en su empleo como auxiliar en una escuela. En lugar de comer, está hablando con esa especie de ritmo fijo, in-

cesante, de quien describe imágenes que relampaguean en una pantalla de cine.

Me cuenta que, el día señalado para la partida, enrolló un par de pantalones, sus zapatillas y una camiseta, y los colocó al fondo de su mochila escolar. Ella y su mejor amiga hicieron a pie los cinco kilómetros que las separaban del lugar de la cita. Betty recuerda que parecían dos palomillas que faltaban a la escuela para ir de *picnic*.

"Nos habíamos prometido no tener miedo", dice Betty. "Nos íbamos de casa a luchar por una causa".

Que los jóvenes latinoamericanos se unan a grupos guerrilleros no es novedad: es casi un rito de iniciación, lo mismo que estudiar en una universidad radical antes de ingresar a trabajar a un prestigioso estudio de abogados. Pero ahí comienza y termina lo que la militancia de Betty en Sendero Luminoso tiene en común con estos ejemplos. Actualmente y en todo el mundo, no hay otro movimiento subversivo en el cual las mujeres jueguen un rol tan prominente.

Según autoridades penales peruanas, la tercera parte de los acusados de actos terroristas atribuidos a Sendero Luminoso son mujeres. Desde 1990, las investigaciones de inteligencia policial documentan la presencia de ocho mujeres entre los 19 miembros del clandestino Comité Central del Partido, así como la de dos integrantes femeninos en un Politburó compuesto por cinco miembros. De hecho, lo más corriente es que sea una mujer la encargada de dar el tiro de gracia a los oficiales policiales y militares atacados, por los especialmente entrenados escuadrones de aniquilamiento de Sendero Luminoso. El senderismo declara que el 40 por ciento de sus militantes son mujeres.

Betty dejó a su tía una carta diciendo que jamás regresaría. "Mi familia es el pueblo", rezaba la carta. "Ya no pertenezco a esta familia. Cuando la gente pregunte, díles que un día me fui sin mirar atrás".

Partir la hizo muy feliz, más de lo que había sido hasta entonces. Ella y su amiga se echaron sobre los

hombros las mochilas, con sus secretos enrollados dentro. A la distancia, los campesinos trabajaban a duras penas sus rocosas parcelas. Betty sintió como si les gritara que la ayuda llegaría pronto. Ella volvería.

"Ese fue el principio", cuenta Betty, "de lo que pensé que sería mi nueva vida".

\* \* \*

Cuando el *Che* Guevara y su ejército de jóvenes marcharon a la selva boliviana en 1967, simbolizaban no sólo una ideología sino un *estilo*. Este era joven, atrevido, intelectual. Listo para el combate, pero a la vez sensible, incluso poético. Y era masculino. Ninguna mujer empacó y anduvo afanosamente por el camino barroso. Se esperaba que las mujeres se enfrentaran al enemigo (en este caso, el imperialismo capitalista) de la manera usual: consiguiendo la comida o quizá defendiendo el hogar, o empleando sus cuerpos para extraer secretos al enemigo. Pero, ¿entrenar a una mujer en el arte de matar? Hasta los revolucionarios tienen tabúes.

En la mayoría de las culturas, una mujer armada supone algo muy distinto al hombre en la misma condición: es la emoción armada, la violencia empujada más allá de las reglas de un combate formal. En el lugar de la madre hay algo de otro mundo, de una naturaleza terrorífica. Las pocas mujeres que han liderado guerrillas insurgentes modernas son recordadas por su salvajismo, o por su fatal belleza: por ejemplo, Fusako "Dama de Mayhem" Shigenobu, del minúsculo Ejército Rojo japonés, y Ulrike Meinhof, cofundadora de la facción Ejército Rojo de Alemania Occidental (mejor conocido como la Banda Baader-Meinhof), y quien terminó su carrera ahorcada con una toalla en su celda en Stammheim. Cuando los sandinistas enviaron a Nora Astorga a una habitación de hotel para seducir al general Somoza, no era su pericia con una arma automática lo que apreciaban de ella, sino su delicada be

lleza, que nubló los sentidos del general el tiempo suficiente para que afinasen su puntería los francotiradores instalados tras las cortinas de la habitación. Aunque constituían aproximadamente el 30 por ciento del ejército sandinista antes de la victoria, las mujeres fueron desmovilizadas poco después de conseguida esta. Violeta Chamorro fue la única mujer nominada para la Junta de los Once. Renunció seis meses después, por motivos de salud.

Mao Tsé Tung dijo una vez que el éxito de la revolución depende de las mujeres; sin embargo, sólo treinta participaron en la Gran Marcha y la mayoría, como Jiang Qing, eran esposas de jefes del Ejército Rojo. Con todo, la proporción entre hombres y mujeres nunca sobrepasó la razón de 18 a una. Algunos historiadores creen que el Comité Central sólo permitió a Mao desposar a Jiang Qing luego que ella prometió autoconfinarse a la vida doméstica por 20 años. El final de la prohibición coincidió con la Revolución Cultural, y con su nombramiento como la primera mujer integrante del Politburó.

Jiang Qing gobernó como una emperatriz, destruyendo a los que una vez dudaron de ella y recompensando a los leales con riquezas y poder. Tras la muerte de Mao y su caída, los detractores de Qing atribuyeron su crueldad al hecho de haber vivido tantos años a la sombra de Mao. Pero ella misma rechazó cualquier insinuación de histeria femenina. "Libertad: no hay palabra que resuene más dulcemente que esta", escribió una vez. "Pero para las mujeres es tan incompatible como lo son la nieve y el fuego. Ser mujer y libre equivale a estar muerta... y yo quiero vivir".

También yo tengo mis opiniones al respecto. Mientras observo a Betty, me pregunto: ¿cómo pudieron engañarla? ¿No son las mujeres lo suficientemente listas y *despiertas* como para descartar la guerra? Pienso en las mujeres como forjadoras de la paz, como seres entregados a la crianza. Ciertamente, figuras políticas como Margaret Thatcher pueden hacer el juego de la

guerra. Pero, ¿entregarse a lo que Sendero Luminoso llama su "máquina de matar"? Cuando planteo el tema mis amigas feministas me miran con desconfianza. Ellas creen que no es cierto que las mujeres se unan a Sendero Luminoso, una guerrilla embustera que solía aparentar más poder del que tenía. "¿Mujeres?", dicen. "Sólo unas cuantas locas".

Sin embargo, en las fotografías de los diarios no se las ve tan locas. Tienen la fisonomía sólida y fuerte de las vendedoras del mercado, de las empleadas domésticas, de las ladronas. Usan *blue jeans* y chompas, y zapatillas para correr más rápido. Llevan el cabello corto, sin adornos. Lucen como Betty.

Es común la idea de que sólo mujeres locas se unen a Sendero. Para los diarios, sólo hay dos tipos de mujer senderista: la autómatas asexual, fría como el metal de un instrumento bélico; o la diosa de lujuria, una ninfómana sedienta de sangre. Abundan los comentarios sobre su crueldad, belleza y apetito sexual. Como las historias sobre "La Chata", quien en noviembre de 1990 condujo una incursión de 50 senderistas a la hacienda de un prominente líder político limeño. Testigos afirman que La Chata obligó al dueño de la hacienda, Javier Puiggrós, a arrodillarse en el suelo para el "juicio popular" (eufemismo empleado por Sendero Luminoso para referirse a una ejecución pública). Aunque los trabajadores dicen que Puiggrós los trataba bien, La Chata fue inmovible como una roca con él. "La mala yerba", iba diciendo la senderista, "debe ser arrancada desde la raíz".

Le disparó al pecho dos veces. Según una nota periodística, La Chata se arrodilló ligeramente para propinarle el tiro de gracia en la nuca. Horas más tarde, ella misma era abaleada por la policía en la carretera. Con ella murieron otros dos hombres, a quienes la prensa sindicó como sus amantes.

El 24 de setiembre de 1992, luego que la policía presentara ante la prensa a la senderista Maritza Garrido-Lecca (hija de una acomodada familia limeña,

educada en los mejores colegios y universidades y reconocida bailarina y maestra de ballet, capturada en Lima con el fundador de Sendero Luminoso, Abimael Guzmán), el diario "La República" dedicó varios párrafos a su nivea piel y al "ángulo del sol... que le daba cierto brillo a su cabello castaño, ligeramente ondulado".

Los siguientes "rasgos de personalidad" son tomados de un manual de entrenamiento de la policía acerca de las "mujeres subversivas" que data de 1990:

"Son más determinadas y peligrosas que los hombres, tienen conductas absolutistas, y se consideran capaces de desempeñar cualquier misión, poseen la dicotomía de la debilidad y la dureza, son indulgentes, sumamente severas... explotan y manipulan al prójimo, son impulsivas y arriesgadas".

A la policía le gusta mostrar a los "sospechosos de terrorismo" en conferencias de prensa. Quieren demostrar su capacidad para capturar a los delincuentes subversivos, a los terroristas, lucirlos, darles órdenes, controlados. Pero nadie hubiera creído que había tantas mujeres.

Cuando sus rostros aparecen en los noticieros nocturnos, la gente se pregunta: "¿Qué hacen allí esas muchachas?". Sacuden la cabeza; se sorprenden ante este signo de mal agüero, como un cometa o un chubasco en una ciudad en la que jamás llueve. ¿Adónde va a parar el mundo? Es como si la naturaleza hubiera producido una criatura totalmente nueva: un cordero con dos cabezas, un niño con aletas en lugar de pies y manos. Las conferencias de prensa se vuelven tan frenéticas como la ceremonia de la entrega del Oscar en Hollywood. Los reporteros gritan preguntas, que policías con chalecos antibalas responden sin abandonar su porte marcial. Los sospechosos son arrastrados hacia la luz de los reflectores. Se ha dado el caso de inocentes que han sido expuestos ante cámaras y luego han

debido batallar por años para limpiar sus nombres. Muchos de ellos, sin embargo, no son inocentes. Con su presencia, la mujer dice que algo anda mal aquí. Es algo sobrecogedor, que confiere a Sendero Luminoso un extraño poder, fuera de este mundo. Algo más allá de toda comprensión.

Yo tampoco llego a comprenderlo. Es difícil sostener la mirada de Betty. Mientras escucho su historia en este auto, caliente como un horno, hay algo que no quiero imaginar: a Betty esperando en la plaza, mientras sus compañeros arrastran a un hombre y lo colocan a sus pies para un "juicio popular". Como La Chata, Betty tiene una grácil belleza. Como a Maritza, el sol infundiría tonos rojizos en su cabello negro. Como ellas, Betty ha hecho su elección. Ella no es la espectadora pasiva, ni siquiera una más de la banda, sino quien aprieta el gatillo mientras se inclina, como una penitente, para colocar otra estrella en la bandera roja de la Guerra Popular.

\* \* \*

Durante tres días, Betty y su amiga esperaron en la casa de un campesino. Un hombre y una mujer vinieron a preguntarles si sus intenciones eran serias. "Me volví aún más decidida", recuerda. "Estaba haciendo algo que yo sabía era demasiado difícil para otros. Eso me hizo sentir fuerte y madura".

Los camaradas estaban conmocionados. Betty y su amiga eran las más jóvenes que se habían unido jamás a la unidad. Al comienzo, acampar era como un juego. Betty había ido antes de paseo al campo, pero en el fondo de su corazón era una ciudadina, acostumbrada a la cercanía de su plazuela y su iglesia con torres. Algunas veces debían subir y bajar empinadas quebradas durante doce horas. Era extenuante. Betty fantaseaba con desmayarse al lado de las corrientes que cortaban el paso. Pero no lo hizo. Sus piernas se hicieron fuertes, sus pulmones también. De noche, el brillo de las



estrellas era tan intenso que arrojaba su propia sombra.

Estudiaba más ahora de lo que había estudiado jamás en la escuela. En lugar de textos, copiaban citas de Marx, Lenin y Mao, y especialmente del líder de Sendero Luminoso, el Presidente Gonzalo, memorizadas por los camaradas con más experiencia. Betty escribía - usando únicamente tinta roja - en los espacios libres de su cuaderno de álgebra de secundaria. Aprender significaba memorizar. Al principio, casi no abría la boca, en reverencia a los demás camaradas. ¡Había tantas cosas que aprender! Ella pertenecía a una unidad del Ejército Guerrillero Popular, EGP en la jerga de los camaradas. El año 1980 marcó el ILA -Inicio de la Lucha Armada. El Partido -la entidad todopoderosa de la que la gente hablaba en tono reverente- estaba basada en MLM-PG: Marxismo, Leninismo, Maoísmo y el Pensamiento Gonzalo. A veces, las lecciones parecían tan complejas como las fórmulas de álgebra sobre las cuales sus dedos volaban ágilmente hasta llegar a las páginas rojas. ¿Cuál es el enemigo del pensamiento revolucionario? ¡El revisionismo!; ¿En qué etapa está el Perú?, ¡Dominación semifeudal, capitalista-burocrática e imperialista, principalmente yanqui! Betty aprendió las etapas de la guerra de guerrillas, por qué debían destruir para reconstruir. Las sesiones de crítica se producían casi todas las noches. Una vez, ella misma fue criticada por no hablar. ¿Cómo podía convertirse en una verdadera revolucionaria si nunca abría la boca? Públicamente y en medio de un gran llanto, se comprometió a cambiar. Los camaradas le palmearon la espalda. Betty sintió esas palmadas como si fueran producto del amor.

El objetivo, le dijeron, era forjar verdaderos revolucionarios. ¡Las Legiones de Hierro! Ella no debía ocultar nada - ¡nada! - al Partido.

Betty aprendió a apuntar con un arma y a limpiarla, cómo irrumpir en una estación policial y cómo tender

una emboscada. Más importante que la habilidad, era el pensamiento - el Pensamiento Gonzalo. Incluso soñaba con tener ante sí a su glorioso Presidente Gonzalo, con su enorme e imponente silueta ante un brillante amanecer rojo. Pronto, Betty gritaba como los camaradas más experimentados, con el puño apretado y el rostro henchido de amor. Amor al Partido, amor al pueblo, a los camaradas, a la victoria. El Presidente Gonzalo había dicho que tomaría 50 años. ¡Ella estaba lista! No había diferencias por el hecho de ser una mujer. Ellas también eran revolucionarias - guerreras - , en busca de la justicia.

Betty guardaba su cuaderno embutido dentro de la casaca. A veces, los campesinos le daban obsequios, como un poncho de lana o un sombrero. Pero Betty vivía según la regla de oro: no tomar de casa de los campesinos ni el más pequeño objeto, ni siquiera una aguja. Se alimentaba de la olla común: papas, papas y más papas. Ocasionalmente, había sopa con quinua o una cuña de queso fresco, húmedo y salado. El queso era un arma de doble filo: delicioso, pero una fuente segura de diarrea. Sólo en días especiales - el aniversario de la Revolución Rusa, o el ILA- podía un campesino degollar un cerdo. No eran cerdos grandes y rosados como los del pueblo, sino unos con la piel del lomo pegada a los huesos, alimentados con excrementos y basura. Ese día, el desayuno consistía en un humeante plato de las vísceras, saltadas ligeramente en aceite y cebolla. Más tarde, había una parrillada y guisado, toda una fiesta, regada con chicha.

"La gente nos recibía bien, y les enseñábamos sobre la lucha. Pensaba en mi otra vida, y me preguntaba por qué me había tardado tanto".

La habilidad de Betty con el idioma quechua la hizo indispensable. Cuando niña, lo había aprendido. Los camaradas mayores también eran de Ayacucho, pero provenían de familias de clase media y no podían conversar con los campesinos con fluidez. Betty se convirtió en la intérprete de la unidad. De noche, los cama

radas llamaban a los pobladores a reuniones en el local comunal, en las cuales les hablaban sobre la Guerra Popular. Iban a matar a los ricos, a los corruptos, a los adúlteros, a los ladrones. Caerían sobre las ciudades, cuevas de corrupción, y las destruirían con el fuego purificador de la revolución.

Betty hacía de intérprete, dando a las palabras un timbre que podía ser oído por todos. Tenía una nueva vida. Escogió un nombre nuevo también: Rita. Ya no más la avasallada Betty, la pobre Betty, la mansa Betty. Ella era la Camarada Rita, intérprete y senderista. Iba a cambiar el mundo.

Sólo después, recordando esas noches y los rostros vueltos hacia ella, Betty se dio cuenta que era la única entre las camaradas que no llevaba pasamontañas. Era su acto de fe con el pueblo. "¿Cómo podía hablarles de estas cosas en quechua con el rostro cubierto?", me pregunta. "No me hubieran creído. Pero ahora, ¿cuánta gente me mirará pensando: 'Ella es, allá va la Camarada Rita, la responsable de todo este sufrimiento'?".

\* \* \*

Camino a mi encuentro con Betty, el hombre que conduce el auto, César, me cuenta su teoría acerca de las mujeres de Sendero Luminoso. César tiene una barriga de tonel y mejillas hinchadas por sus ocasionales borracheras maratónicas. Ha pasado toda su vida en Huamanga. Aunque es un hombre astuto, que promete más de lo que puede cumplir, y muy dado a dejar caer en la conversación nombres de personajes para presumir un poco, César me agrada. Conduce su oxidado Toyota rojo adonde sea preciso, y tiene una paciencia sin límites.

César empieza contando que en cierto momento solía salir con Teresa "Techi" Durand, ahora integrante fugitiva del Comité Central de Sendero Luminoso. Cuando jóvenes, él tocaba la batería en la banda "*Happy Boys*", y a ella le encantaba bailar. Me dice

que tenía cabello castaño, lacio, y un cuerpo delgado pero fuerte. La vivaz y bromista Techí, "palomillera", y llena de energía.

El polvo del camino se estrella contra el parabrisas del auto. En el asiento trasero está el periodista ayacuchano que me ha prometido presentarme a la mujer que resulta ser Betty. El periodista se ha contagiado con tifoidea en un reciente viaje a la selva; está adormecido y tiene escalofríos, a pesar del sol inclemente.

Los Durand vivían en una casa situada justo a la salida del pueblo. La gente pensaba que a Techí y a su hermano mayor, Maximiliano, les iba a sonreír el éxito. Para Teresa, eso significaba conseguir un marido, tener hijos y quizá hasta un trabajo a medio tiempo. Maximiliano se convertiría en abogado o ingeniero. Se mudaría a una casa de estuco en Lima, con un jardinero y una criada traídos de Ayacucho. Haría frecuentes viajes de trabajo a Miami, y quizá hasta a New York.

En cierta manera, ambos llenaron esas expectativas. Maximiliano se convirtió en un experto en desarrollo de energía alternativa, mundialmente famoso. Al ser arrestado en 1981, el escritor argentino Julio Cortázar firmó una solicitud para su libertad. Después de ello, Durand fue a Francia y es ahora considerado el embajador de Sendero Luminoso en Europa. Otro hermano, Jorge, dirigió el periódico de Sendero Luminoso, *El Diario*, hasta ser arrestado en 1992. Techí se casó con Osmán Morote, el segundo en la jerarquía de Sendero Luminoso. Actualmente, Osmán cumple una sentencia de 20 años de prisión por una serie de atentados dinamiteros en el departamento de La Libertad. El y Techí tuvieron dos hijos, Elena y Eduardo.

En ese punto, sin embargo, se separan los caminos de expectativas y revolución. Antes de deslizarse hacia el mundo de sombras habitado por los principales títeres de Sendero Luminoso, Techí entregó sus hijos a campesinos para que los criasen - su prueba revolucionaria - ; más que una prueba, sin embargo, los campesinos consideraron a los niños una carga. Ubicaron

a la madre de Techí y le devolvieron a las criaturas. Elena parece haber heredado las convicciones de sus padres, aunque dice no recordar a ninguno de los dos. Como su madre, estudió Ciencias Sociales en la universidad. En abril de 1991 fue detenida en los alrededores de un centro comercial en Lima, cuando intentaba colocar una bomba dirigida al entonces Vice-Presidente de la República, senador Máximo San Román. Con sus 19 años, fue enviada a la misma prisión donde se encontraba su padre, cumpliendo una pena de 20 años. Su hermano le siguió los pasos poco después. Allí, caminando por el pasadizo de cemento que conduce a los pabellones senderistas, los dos quizá vieran a su padre por primera vez desde que eran bebés, observándolos desde la ventana del venustero.

"La casa de los Morote era un punto de lo que yo llamo el Triángulo de las Bermudas", dice César. El Triángulo está formado por las casas que pertenecieron a las familias Durand, Cáceres y Morote: muchos de los hijos de estas familias se unieron a Sendero Lummoso.

"Aquí es donde ellos se perdieron", dice César sonriendo. "Es como un agujero negro".

César no comprende por qué Techí se casó con Morote, "¡ese huevón", dice, "ese monje!". Mientras discutimos acerca de Osmán, llegamos al valle llano de Huamanga, donde las laderas de la montaña se vuelven empinadas y rocosas. No hay gente, ni animales, ni puestos al lado del camino. Recientemente, el área ha sido escenario de persistentes choques entre unidades de Sendero Luminoso, el Ejército y los comités de defensa civil formados por el Ejército para combatir al senderismo. Mucha gente ha huido.

Mi amigo periodista se levanta del asiento lo suficiente para señalarme el lugar verdoso, próximo al puente, que marca una de las pocas curvas cerradas de la ruta. Se le conoce como Ayahuarcuna, que en quechua significa "donde cuelgan a los muertos". Allí, soldados de la Marina arrestaban a los sospechosos de

ser senderistas, los ejecutaban y los dejaban para alimento de los *huishqus*, las aves de rapiña.

Según César, Techí cometió un error al casarse con Morote. Lo que quiere decir es que probablemente ella aún extraña al ex integrante de los *Happy Boys*. "Esos tipos seducen a las chicas", insiste César, sacudiendo la cabeza. "Las embaucan, quizá".

Finalmente, llega a su teoría. El cree que la historia de Techí es típica: las mujeres de la sierra son de voluntad fuerte, guerreras. Ellas llevan la voz cantante. Como su propia mujer, también huamanguina, quien hace poco lo dejó. Como Techí, ella tenía sus propias ideas sobre la vida; ideas que incluyen vivir en Lima no en un pueblo olvidado como Huamanga-, ir al cine, salir a restaurantes, tener una vida nocturna. Se hartó de tanta matanza, dice César. Y de sus borracheras. Quería establecer una bonita *boutique* y vivir un poco, para variar.

Hasta en dos ocasiones César ha intentado subir el precio de sus servicios, dice que para pagar las deudas de su mujer en Lima. Afirma que alguien - una tía, una prima - puede facilitarme una foto de la graduación de Techí. A cambio de cierta cantidad de dinero, por supuesto.

"Puede parecer que el hombre es el jefe de la familia", dice por fin, agitando su brazo a lo largo del tablero del auto para acoger el valle que se extiende abajo y a todas las mujeres invisibles que se imagina allá, esperándolo. "¡Pero si lo piensas bien...! La mujer es la que manda en realidad".

Mucha gente me habla sobre las recias huamanguinas: como María Parado de Bellido, quien prefirió encarar al pelotón de fusilamiento antes que dar información a los españoles durante la guerra de independencia; y las carniceras que rechazaron la introducción del papel moneda a inicios de siglo, marchando por la Plaza de Armas con sus cuchillos recién afilados.

Según la historiadora María Rostworowski, una ver-

sión del mito de creación incaico afirma que Mama Huaco condujo a sus hermanos y hermanas a la conquista del valle del Cusco, que después se convertiría en capital del imperio. Cuando los incas atacaron a los *guallas* que ocupaban el valle, Mama Huaco cogió a un soldado gualla, le arrancó los pulmones con sus propias manos y los infló como si fueran globos rojos, espantando al ejército gualla. Algunos cronistas dicen que los incas vencieron a otro grupo, los chancas, al invocar a los *pururauca*, piedras mágicas que se transformaban en guerreros de ambos sexos. Estudiosas feministas contemporáneas sugieren que, antes de la conquista española, las mujeres del ande podían ser lideresas y guerreras al mismo tiempo que esposas y madres.

Después de la conquista, sin embargo, España y los depositarios militantes de la moralidad católica decretaron un nuevo orden social. Este resultó especialmente duro con las mujeres, consideradas menos humanas que sus maridos. La ecuación no podía haber sido más directa. La ley española sostenía que el testimonio de un español en la corte tenía el mismo valor que el de dos indios, o que el de tres indias. Dado que a menudo las mujeres supervisaban el culto de los ídolos precolombinos que los españoles buscaban destruir, estas fueron consideradas hechiceras y consortes del demonio.

Lejos de ser dócil, la población indígena peruana montó muchos levantamientos contra el poder español, entre los que destaca el de José Gabriel Condorcanqui, autotitulado Túpac Amaru II, como el último Inca muerto a manos de los españoles. Aunque de corta duración - sólo unos meses entre 1780-1781-, su revolución se extendió a lo largo de la mitad de los Andes peruanos.

Condorcanqui era un visionario, y probablemente hubiera sido un excelente Inca. Fue su esposa, Micaela Bastidas, quien cobró fama por su ingenio militar. Una vez, reprochó públicamente a su marido por no atacar el Cusco a tiempo para derrotar a los españoles. Tras

la derrota de Túpac Amaru, los españoles asesinaron a Bastidas en su presencia. Primero, le cortaron la lengua; pero el garrote elegido para ahorcarla era demasiado grande para su delgado cuello. En lugar de ello, sus verdugos lacearon su cuello con sogas y tiraron de ellas en todas direcciones, mientras otros la pateaban en el estómago y el pecho.

Incluso las mujeres criollas eran consideradas recias. Mientras la viajera Flora Tristán aguardaba el barco que la devolvería a Europa en 1834, anotó en su diario que las limeñas eran más altas y "más vigorosas" que sus hombres. "No hay lugar en la Tierra", escribió, "donde las mujeres sean más libres o ejerzan más dominio que en Lima".

Sin embargo, las propias experiencias de Tristán en el Perú, publicadas luego en París bajo el título de *Peregrinaciones de una paria*, muestran cuán poco poder real tenían las mujeres. Hija de un rico peruano expatriado y de su amante francesa, Tristán creció en París y recibió la crianza típica de la clase media bohemia: lecciones de piano y danza, poesía, pintura, e incluso - animada por el joven Bolívar, quien una vez la acompañó en un paseo por el jardín de la familia cierto gusto por la rebelión civilizada. Pero al morir su padre sin haber formalizado jamás su unión con la madre, la familia quedó sumida en la más abyecta pobreza. Un matrimonio infeliz convenció a Tristán de venir a solicitar a sus parientes peruanos compartir la herencia de su padre. Aunque su tío Pío - a la sazón dueño de una enorme hacienda en Arequipa - pagó su viaje al Perú, sólo le concedió una pensión miserable. Pronto se la cortó, al leer sus agudas observaciones sobre la vida de la clase alta provinciana contenidas en *Peregrinaciones*, obra que fue públicamente quemada en la Plaza de Armas de Arequipa.

Aún las mujeres pudientes tuvieron que esperar hasta 1956 para tener pleno derecho a votar, lo que es tarde para América Latina (en el vecino país de Ecuador, las mujeres empezaron a hacerlo en 1929). Los



analfabetos - población compuesta en gran medida por mujeres - estuvieron impedidos legalmente de votar hasta 1980. En la izquierda, las mujeres aún tienen que romper el molde esposa/secretaria ("machismoLeninismo", que le dicen). Demasiado a menudo he oído el aforismo "Más me pegas, más te quiero", considerado parte de la sabiduría popular, en cócteles frecuentados por supuestos izquierdistas. José Carlos Mariátegui, fundador del Partido Socialista peruano, escribió: "La mujer parece carecer del sentido de la justicia. El defecto de las mujeres es ser demasiado indulgentes o demasiado severas. Y por lo general tienen, como los gatos, una traviesa inclinación por la crueldad".

Un amigo llama al Perú "el país de las nalgas"; no se refiere a una olvidada tribu amazónica, sino a traseros, traseros de mujer. En Perú, los traseros son masivos, de fábula, soles para los planetas menores de senos y piernas. Cada semanario termina con una imagen de "La Calata" - una mujer desnuda cuyos dorsales expuestos sobresalen como yemas de huevo en la sartén de la tinta de imprenta. En esta cultura machista - en la cual un hombre que se olvida de golpear a su esposa puede ser llamado despectivamente "saco largo" -, el trasero es una imagen perversamente misógina. Después de todo, ¿qué otro atributo es tan complacientemente andrógino y apto para todos los gustos, qué otro tiene tan poco que ver con bustos, penes y vaginas que el trasero?

¿Dónde descansa Sendero Luminoso, entre esta polaridad descrita entre Mama Huaco y La Calata?

\* \* \*

En Ayacucho, las conversaciones inevitablemente giran en torno a un hombre: Abimael Guzmán, ahora conocido como el Presidente Gonzalo. Aunque vivió en la clandestinidad hasta su arresto en 1992, su presencia persiste como un escándalo a lo largo de las es

trechas calles de Huamanga. Apenas salidos del aeropuerto, César me ofrece el tour "Estrellas de Sendero Luminoso": el lugar al cual iba Guzmán a beber, la casa de Techi Durand, el punto en que estalló la primera bomba. "¿Has visto el 'Kremlin'?", me pregunta, antes de voltear hacia el bungalow amurallado donde Guzmán vivió alguna vez.

Guzmán no era apuesto como el *Che* Guevara. Fotos de él en su época de profesor de Filosofía en la Universidad San Cristóbal de Huamanga (UNSCH) durante los años 60, muestran a un hombre con torso de barril, de quijada pronunciada, con una cabeza redonda como una bola de billar.

Había cambiado poco cuando fue detenido, añadiendo sólo una barba gris en forma de hoz bajo el mentón. Guzmán tituló su disertación doctoral "Sobre la Teoría Kantiana del Espacio". Como el gran filósofo, Guzmán era un hombre práctico. También obtuvo el título de abogado. La gente lo recuerda como una rata de biblioteca, un tipo intenso, un luchador político capacitado que, sin embargo, encantaba a los amigos cercanos durante las ruidosas jaranas que a menudo duraban hasta que el sol aparecía nuevamente en los nevados. El bebía y bailaba. Hablaba de literatura y música, y aunque sólo aprobaba a los artistas "serios" como Beethoven o Vivaldi, por ejemplo, se moría por los "cojudos palaciegos". Aún sus enemigos admiten que era carismático, incluso brillante.

En una oportunidad, Guzmán declaró nunca haber pensado que pasaría más de un año en Huamanga. Pero allí, dijo, había "descubierto" al campesinado.

Citado por Luis Arce Borja, editor del prosenderista *El Diario*, Guzmán afirma: "Uno propone y la clase decide, las masas y el pueblo disponen para uno muchas cosas. Ayacucho ha sido para mí de trascendental importancia" .

Ese fue su laboratorio para la revolución. Rodeado de páramos lunares en la puna, cortados por los estrechos abras que llegan al origen del río Amazonas, el

departamento está entre las zonas más pobres del Perú. Los blancos dueños de las haciendas trataron durante siglos a los indios como animales, buenos sólo para trabajos manuales. Pero después de la Segunda Guerra Mundial, la industrialización y la reforma agraria del primer gobierno de Fernando Belaunde Terry forzaron a un cambio. La gente del campo empezó a migrar a las ciudades en busca de trabajo y una vida mejor. Impulsados por la idea del progreso, los líderes del país empezaron a construir nuevas universidades en las ciudades. Entre 1961 y 1980, se abrieron 40 nuevas universidades. Estas instituciones estatales se proponían preparar nuevas generaciones de médicos, abogados, agrónomos y científicos sociales. Ya no sólo los hijos de las élites blancas podían aspirar a la educación superior: muchos de los nuevos estudiantes eran "cholos". Cuando la Universidad de Huamanga reabrió sus puertas en 1959 (había sido cerrada en 1886 tras la desastrosa derrota peruana en la Guerra con Chile), el número de matriculados creció más de 15 veces en igual número de años.

Carlos Iván Degregori, antropólogo, era profesor en Huamanga cuando Guzmán era director universitario de personal de la universidad. Como él, Degregori era un misti, hijo de una próspera familia provinciana. Sobre la repisa detrás de su desordenado escritorio en el Instituto de Estudios Peruanos del que es ahora director en Lima, se hallan mezclados raros ceramios precolombinos y piezas contemporáneas que se venden en el Mercado Indio por 50 centavos de dólar cada una. Ambos tienen la misma pátina ocre y una redondez artesanal. No pretenden una gran declaración sobre continuidad cultural. Pero a menudo Degregori se descubre a sí mismo explicando que, en el Perú, pasado y presente no son extraños entre sí.

Degregori parpadea al hablar, como sorprendido por el ir y venir del pasado y presente. Puede ser más sencillo, dice, retroceder 500 años para explicar los sucesos actuales, que usar los romos instrumentos de las

ciencias sociales. Por ejemplo, para explicar por qué estos jóvenes campesinos fluyeron a las universidades, Degregori usa una historia - mito o realidad, no importa - de las *Tradiciones Peruanas* de Ricardo Palma.

Degregori cuenta: "Uno de los conquistadores decidió enviar como regalo unos melones de su huerta a un amigo que vivía en la Lima recién fundada. Entregó a los indios mensajeros una carta y les advirtió que no comieran ninguno de los melones, o esta los delataría. A mitad de camino a Lima, tentados por el hambre y el olor de la fruta madura, los indios colocaron con cuidado la carta detrás de unas peñas y comieron algunos melones furtivamente. La historia termina con el estupor de los indios ante el poder de la palabra escrita, cuando el destinatario les dice exactamente cuántos melones devoraron".

"Desde el principio, el conocimiento del idioma español, su lectura y escritura, fue una herramienta de dominación", explica Degregori. "Educar significaba dejar de ser engañado, proceso que da a la educación un poder explosivo".

Las familias pobres están más dispuestas a sacrificarse para enviar a uno de sus hijos varones a la universidad. Pero también las chicas empezaron a matricularse. Ellas fueron las más brillantes, las más ambiciosas, deseosas de desafiar la tradición. De los 1,451 estudiantes matriculados en 1968, 403 eran mujeres. Más de la mitad eran ayacuchanas. Las estudiantes se concentraron en los departamentos de Trabajo Social, Obstetricia y Educación, donde constituían la mayoría.

"Silvia" - otra de mis entrevistadas - también enseñaba en Huamanga, como Degregori. Aunque criada en Lima, realizó su tesis doctoral en la selva ayacuchana sobre un tema que fascinaba a Guzmán: por qué hasta el momento la revolución no había traído consigo el cambio en el Perú.

El hecho de que Silvia fuera también bella y enérgica debe haber intensificado el interés del conocido Doctor. Otro de los rasgos del filósofo, recordado por

un colega y frecuente compañero de parrandas, era su predilección por la belleza femenina. Bebiendo agua mineral en una confitería limeña, Silvia me cuenta cómo Guzmán se convirtió en una especie de pretendiente suyo: Abimael, con su terno gris y camisa blanca abotonada hasta el cuello, ofreciéndole libros, invitándole a tomar té y a charlar. Por ese entonces, Silvia había oído el rumor de que los varones senderistas invitaban a las nuevas estudiantes a fiestas para enamorarlas y llevárselas a la cama, y de esa manera ganarlas para la causa. Los romances entre profesores eran un lugar común (el escritor chino Ding Ling, refiriéndose a la estadía de Mao en Yenán, lo llamó "su indisciplinada guerra de guerrillas"), pero Silvia no estaba interesada. "Había leído a Mao", explica, "en ese momento todos éramos maoístas, era parte de los tiempos que estábamos viviendo. Yo conocía su línea, y estaba en desacuerdo con ella".

Sin embargo, una noche, ella se quedó en el "Kremlin" a tomar té. Ya agrupados alrededor de la mesa de la cocina estaban los hombres y mujeres que más tarde se convertirían en el Comité Central de Sendero Luminoso. Guzmán sostenía pomposamente su teoría revolucionaria. Era impositivo, asertivo. A pesar de la presencia de los demás, Silvia sintió como si le hablara sólo a ella, cortejándola con su doctrina maoísta.

"Fue como si estuviera tratando de capturarme, de seducirme con sus palabras", me dice Silvia. "El siguió tratando de reclutarme hasta un día en que llegó a casa sin avisar para dejar algunos libros. Entonces vio salir a dos de sus rivales políticos e imaginó que yo estaba en el lado contrario. Desde ese momento me miró con odio, como si lo hubiera traicionado. Nunca más me dirigió la palabra. Luego de eso, un día en que iba caminando por la calle, Katia Morote (hermana de Osmán) atravesó la avenida sólo para escupirme. Ella estaba casada con Julio Casanova, otro cuadro importante. Las esposas eran así: leales a sus esposos y, desde luego, al Partido".

El interés inicial de Guzmán en el trabajo de Silvia es la causa por la cual ella prefiere no usar su nombre verdadero. Amigos suyos han sido interrogados por las fuerzas de seguridad, o arrestados. De discípula potencial, Silvia se convirtió en archienemiga, en el blanco de sus peores denuestos. Guzmán tiene una ambigua fascinación por la suciedad (sus mejores notas en el colegio las obtuvo en higiene y conducta), y esa fijación se ha trasladado al estilo sugerente que es sello distintivo de Sendero Luminoso: sus enemigos son reptiles, cretinos, monstruos del fondo de las cloacas que serán triturados, pulverizados, aniquilados, arrojados al olvido.

Silvia salió de Huamanga y fue al extranjero. Cuando volvió al Perú diez años después, sus amigos le enseñaron imágenes de Guzmán, el ahora endiosado Presidente Gonzalo, retratado por camaradas de Sendero Luminoso. Silvia no podía reconocer a su viejo enemigo, rechoncho, irritable y miope. De algún modo, le habían desarrollado músculos. Sus pómulos, antes sepultados bajo sus gordas mejillas de bebé trasnochado, lucían ahora pronunciados. La enorme barriga se había convertido en un torso tan modelado como un peto guerrero. El realismo socialista, pensó, va bien con la moda del físicoculturismo.

El recuerdo de sus alumnas la vuelve pensativa. Eran tímidas, respetuosas, buenas estudiantes católicas. Silvia estaba sola en Huamanga; sus alumnas se convirtieron en su familia sustituta. "Había entre ellas cierta idea de que las mujeres debíamos esforzarnos más, ser más dedicadas, más heroicas que los hombres, algo que veo en mis propios antecedentes como hija de una familia de clase media".

Para Silvia, el genio de Guzmán reside en su habilidad de escoger el momento de su proyecto político. Esos nuevos graduados descubrieron que, en el Perú oficial, es el origen racial y no la calificación profesional lo que determina el éxito. Aún para desempeñarse como una secretaria mal pagada, se requiere de "bue

na presencia" - piel blanca - y no de una adecuada preparación. Ellos tenían sus títulos, pero no posibilidades. Ambición, pero no empleo. El progreso - esa noción efímera que los sacó de sus hogares - los había dejado varados. Para las mujeres, el futuro era especialmente cruel. Teniendo en cuenta las estadísticas de mortandad materno-infantil, desnutrición y enfermedades infecciosas, la pobreza femenina en América Latina está creciendo. Aunque a menudo reciben elogios por la formación de organizaciones locales de "supervivencia" - comedores populares y clubes de madres -, las mujeres de estos grupos han trabajado duro sólo para volverse más pobres, más enfermas, y menos capaces de conseguir un empleo o de iniciar un negocio de lo que eran hace dos décadas.

Batallas recientes - por ejemplo, para legalizar el llamado "aborto sentimental" en casos de violación han fracasado. En el Perú, la violación es un delito frecuente. Sin embargo, según datos oficiales, cada año menos del uno por ciento de los violadores terminan en prisión. Actualmente, la principal causa de muerte materna son los abortos mal practicados, y muchos de los casos involucran a víctimas de violación. Los abortos son realizados clandestinamente por médicos o comadronas, con métodos tales como introducir objetos extraños en la matriz, o bombeándole líquidos como agua jabonosa y querosene.

En épocas medievales, las mujeres europeas podían liberarse del estigma vinculado a su sexo ingresando a una orden religiosa. Al unirse a Sendero, las mujeres también aceptan un contrato místico que les salva de un destino cruel. Se vuelven mejores que las blancas, que las ricas, que cualquiera que no esté en el Partido. Vienen tanto desde la base como de la cúspide de la pirámide social. También ganan la igualdad con los *hombres*. Para Sendero Luminoso - al menos en teoría -, es la clase y no el género lo que importa. La condición biológica femenina es equivalente a la de un minero o un intelectual. A diferencia de otros comu

nistas, que insistían en que la igualdad de género es una "contradicción secundaria" a ser discutida después de la revolución, la revista senderista *Rima Ryna Warmi* ("Las mujeres hablan") argumenta que la igualdad económica y de género surgirían de la victoria maoísta. Sendero Luminoso sigue siendo el único grupo político que ha reclutado activamente a mujeres y las ha colocado en posiciones de poder.

En 1965, Guzmán había formado el Movimiento Popular de Mujeres como parte de la facción maoísta del Partido Comunista del Perú. Como miembro del Consejo Universitario, Guzmán prestó especial atención al Departamento de Educación, donde las mujeres constituían mayoría. Cuando Catalina Arianzén, profesora de literatura, subió al podium para sostener un debate ante los estudiantes con ocasión de las elecciones estudiantiles en 1977, Osmán Morote aguardó en la puerta del salón la llegada de su adversaria, Rosa Mavila. Cuando esta hizo su aparición, Osmán le arrojó a los pies cuatro monedas. El hecho significaba que ella era una "vendida", y que su verdadero lugar estaba con ellos.

Muchos años después, Silvia fue de visita a una prisión donde eran conducidas las mujeres de Sendero Luminoso. "¡Querida profesora!", le gritaron las mujeres del penal apenas atravesó el umbral. "¡Eran mis alumnas, todas ellas, incluso las más tímidas, las más gordas! Y me dijeron que las que no estaban allí estaban muertas, o en las filas".

\* \* \*

Cuando el senderismo declaró la guerra en 1980, el segundo personaje más famoso después de Guzmán era Edith Lagos. En su foto de graduación del colegio, se le ve deslumbrantemente bella, con sus ojos gris-pizarra y su boca redonda, de labios gruesos. Como Betty, Edith Lagos no era una campesina, sino una misti, tercera hija de un rico tendero. Su padre tomó



su nombre de una popular cantante de vals criollos, de gran arraigo en la costa. Sus padres querían que estudiara Derecho y la enviaron a Lima. Pero a los 16 años, Edith ya había escogido otra carrera. Durante su breve estadía en la capital, Edith faltaba a clases con frecuencia para ayudar a organizar huelgas, y también para ver películas hindúes en céntricas salas limeñas. Según contó a un periodista una hermana suya, Edith iba porque le gustaba llorar.

Al ser capturada en 1981, la foto de primer plano la muestra con la nariz y mejillas hinchadas a causa de la golpiza policial. Su cabello, crecido hasta los hombros, está desaliñado. El mayor cambio está en la expresión. Se esfumaron la curiosidad, la sensación de promesa. La foto parece decir: "Aquí hay alguien cuyas ideas están formadas". Tenía 18 años.

Ese año, la subversión controlaba la tercera parte del departamento, en su zona norte. Eran los chicos que habían sido enviados a educarse. En lugar de eso, volvían a casa ofreciendo luchar por la justicia. Trajeron amigos, y los amigos trajeron otros amigos. La mayoría fueron bienvenidos. Las familias desocuparon habitaciones para colocar camas extra. Los jóvenes organizaron *minkas* - fiestas de trabajo colectivo - para construir escuelas y puestos sanitarios. E hicieron algo más que hablar del cambio. Una de sus medidas más populares fue organizar juicios públicos para los esposos adúlteros y los que habían abandonado a sus familias y engañado a sus esposas. A los que golpeaban a sus mujeres se les dijo que rectificaran, o enfrentarían la pena máxima.

A Guzmán le gustaba referirse a estos muchachos y chicas como "los mejores hijos del pueblo". Como dice Gustavo Gorriti, un periodista que se ha especializado en el tema: "Edith Lagos era una persona que transpiraba una entrega intensa y total a la rebelión senderista, por las razones que llevan a tantos jóvenes idealistas a unir sus destinos a epopeyas luctuosas: la visión de una sociedad de justicia trascendente y per

durable... Edith Lagos simbolizaba esa generación de jóvenes ayacuchanos, la arcilla formada para el sacrificio".

Edith Lagos ayudó a planear el escape de la prisión de Huamanga de 1982, que permitió liberar a 78 senderistas y 169 presos comunes. Un guardia y un senderista murieron. Otros tres subversivos fueron asesinados luego en sus camas de hospital por policías enfurecidos. La propia Edith murió a los seis meses, acribillada por la policía en un camino de la sierra. A la salida de la catedral de piedra de Huamanga, su féretro fue recibido por más de 10,000 personas, la más grande multitud jamás reunida con un motivo no religioso.

Fue un momento memorable. Toño, un empleado de la universidad que trabajaba en el Departamento de Audiovisuales y estaba aprendiendo el uso de una nueva cámara de video donada por la compañía Panasonic, estaba allí para grabarlo. Ya había hecho lo mismo con varios eventos universitarios, así como con la serie de ataques y atentados con bombas que el pueblo atribuía a la facción de Guzmán. En ese momento eran novedades a la vez extrañas y alborozadas.

La escena empieza a la tenue luz de la tarde, con el sol ocultándose tras las colinas que rodean la ciudad. La muchedumbre se apiña contra la puerta de la catedral donde el obispo auxiliar oficia la misa de cuerpo presente. Sobre la pequeña pantalla, veo los sombreros y camisas oscuras de las mujeres campesinas. Hay escolares y empleados, hombres y mujeres.

Es el momento en que el ataúd con los restos de Edith aparece sobre las cabezas de la multitud que empieza a acercarse, atraída hacia él. Empiezan los aplausos: "¡Comandante Edith, presente! ¡El pueblo jamás olvidará la sangre derramada!". Unas manos sin rostro colocan una bandera con la hoz y el martillo sobre el ataúd. Un muchacho parece liderar los cantos. El camarógrafo señala su figura con el dedo sobre la pantalla. "No sé cómo se llama", dice, y luego se calla.

La multitud crece, desbordándose a las calles laterales. En cierto momento, la cámara parece agitada. "Se nos avisó que el comando militar de Sendero Luminoso en pleno aparecería por ese camino", explica Toño. "No sabíamos qué podía ocurrir si filmábamos, por ejemplo, a Guzmán". La imagen se funde en la oscuridad. La última escena es el camino al cementerio, una sólida alfombra de gente.

Desde ese día, la tumba de Edith ha sido dinamitada tres veces, probablemente por grupos paramilitares. Manuel Lagos la reconstruye cada vez que ocurre. Lo hace a pesar de que, después de la primera explosión, no hay mucho que colocar adentro. Cada aniversario de la muerte de Edith, su madre coloca sobre la tumba un bouquet amarillo de flores de retama, que para Sendero Luminoso significa resistencia. Este es el poema, escrito por su hija, que ha sido grabado una y otra vez sobre la lápida de cemento:

Yerba salvaje, puro perfume  
 Te suplico seguir mi camino  
 Serás mi bálsamo y mi tragedia,  
 mi perfume y mi gloria  
 Serás el amigo que florece sobre mi tumba  
 Allí, deja que la montaña me cubra,  
 deja que los cielos me respondan.  
 En la piedra, todo quedará grabado.

La prosperidad de la familia Lagos continúa, a pesar de la notoriedad de Edith. Sus hermanas dirigen una escuela privada. Todos los días su madre, recia como un saco de azúcar, atiende a los clientes desde detrás de mostrador metálico de la bodega Lagos. Demasiados periodistas han venido a husmear, buscando anécdotas que retraten la fascinación que se siente por la chica subversiva, para que la familia los soporte de buena gana. Ya no quieren hablar más de Edith. Lo que está disponible es la leyenda: por ejemplo, que Edith en una ocasión amenazó a su padre, Manuel,

con un cuchillo en el cuello, para obligarlo a distribuir comida a los pobres. Las habladurías del pueblo refieren que Manuel Lagos amasó su fortuna con el negocio de la cocaína. Aunque el lugar es más conocido por su sierra, el norte ayacuchano limita con la selva donde crece el arbusto de la coca.

Edith se convirtió en la heroína de Sendero Luminoso, en su mártir. Necesitaban una. Tres meses después de su muerte, el entonces Presidente Fernando Belaunde declaró en estado de emergencia a nueve provincias, incluida Huamanga, cuyo control se entregó a los militares. Para ellos la ecuación era muy sencilla: si las guerrillas eran - según sus propias palabras - como peces en el mar, entonces los soldados drenarían ese mar. El general del Ejército Luis Cisneros Vizquerra, Ministro de Defensa, había sido entrenado en Argentina, y estaba muy orgulloso de su apodo, El Gaucho. Consideraba que sólo había una manera de librarse del comunismo, una enfermedad que debía ser erradicada del cuerpo político. El tejido circundante debía ser esterilizado, del mismo modo que lo habían hecho sus maestros en Argentina durante su guerra sucia.

Nadie tenía que decirle que el Perú no era Argentina. Aquí, dijo una vez a un periodista, no se podía esperar ser tan científicos. "Ciencia" significaba tener registros telefónicos, hacer un seguimiento de las personas para dar con sus lugares de reunión, construir por lo menos un caso de contaminación de ideas subversivas. En los remotos parajes ayacuchanos, ¿quién tenía teléfono? ¿Cómo podían seguir a nadie si la sola presencia de los agentes los denunciaba como extraños? El Gaucho no hablaba quechua, y tampoco lo hacía ninguno de sus oficiales.

En lugar de ello, contaban con la apatía. Después de todo, ¿a quién le importaba lo que ocurriera en este pueblito perdido? Lo que necesitaba era oponer fuego contra fuego. El Gaucho estaba tan confiado de su estrategia que llegó a contársela a un periodista: "Si

matamos a 100 personas", dijo, "y entre ellas hay un subversivo, entonces vale la pena hacerla".

Hay muchas maneras - ninguna de ellas precisa de medir este período en la historia ayacuchana. Los políticos tienen estadísticas, aunque estas se basen en informes de las fuerzas armadas que rutinariamente cuentan a cualquier muerto como un "subversivo". Probablemente hay más huamanguinos en Lima que en la provincia de Huamanga, obligados a huir como refugiados internos. Una rápida mirada a cualquier mercado ayacuchano revela que la mayoría de las mujeres campesinas usan prendas de color negro: viudas o madres que han perdido a sus hijos o hijas.

César decide contarme sobre sus aventuras. Aquí vio a un hombre parcialmente desollado. Al final de ese trecho existe, según dicen, una fosa común. A veces el Ejército simplemente hace volar a la gente. Años después, si uno está en el lugar correcto, puede recoger pequeños huesos de manos y pies, limpios y secos como manzanas en otoño. En una ocasión perdió a una pasajera, una profesora a la cual estaba llevando a un partido de fútbol, quien fue sacada a viva fuerza de su Toyota rojo en un bloqueo al camino hecho por Sendero Luminoso. El nombre de la profesora figuraba en una lista escrita en un papel con tinta azul. Dijeron que era una informante. La última vez que vio a la maestra por el espejo retrovisor de su auto, esta se estaba arrodillando.

Amnistía Internacional se rehusó a aventurar un número preciso de muertos. "La escala de crímenes podría en parte ser estimada por el alto número de fosas o cementerios clandestinos, y de lugares en los cuales es arrojada gran cantidad de cadáveres al lado del camino".

Aunque poco agudo y con frecuencia inexacto, el estilo científico de El Gaucho estaba sacando a los senderistas de sus refugios. Abandonaron las aldeas. Entonces vino el Ejército. A menudo, cuando el Ejército se iba, no quedaba poblado al cual volver. El sen

derismo contragolpeó con una paciente y continua labor con los sobrevivientes - especialmente con los jóvenes - que habían visto morir a sus hermanos o padres. Ya no se toleraba a quienes se opusieran a los senderistas, y los "juicios populares" aumentaron.

El recuerdo de Edith llegó a ser sinónimo no sólo de justicia, sino también de venganza. No sólo significaba el fin de la pobreza sino también el inicio de una nueva ciencia, la ciencia de Guzmán, que acabaría con "la reacción... (y sus) sueños de sangre de hiena".

El propio Guzmán, al clausurar el Primer Curso Militar de Sendero Luminoso en 1980, dijo en su más famoso discurso: "Las trompetas empiezan a sonar, el rumor de la masa crece y crecerá más, nos ensordecera, nos atraerá a un poderoso vórtice". En una pintura realizada después para conmemorar el evento, Guzmán aparece resplandeciente, dando la bienvenida a los camaradas. Los primeros dos son mujeres. "Convertiremos el fuego negro en rojo, y al rojo en luz. Estos somos nosotros, éste es el nuevo despertar. ¡Camaradas, hemos renacido!".

\* \* \*

Para Betty, los problemas empezaron tres meses después que salió de casa de su tía. Las cosas estaban yendo bien. "Nos hacían repetir los principios que debíamos aprender, especialmente que éramos una familia dedicada a la misma causa", cuenta Betty. "Los hombres respetaban a las mujeres. Teníamos los mismos derechos".

Una noche, Betty inició una conversación con un camarada, un hombre, procedente de otra unidad. Siguieron charlando cuando se encontraban en otras reuniones. Mientras habla, Betty se encoge de hombros, como si no hubiera significado nada para ella; sólo un hombre, hablando de cosas cotidianas. Sin embargo, un día, el hombre - nunca me dijo su nombre - le dijo que se había enamorado.

"Eso no estaba en mis planes", insiste Betty. "No debía ocurrirme a mí".

El hombre quería casarse con Betty, y esta lo rechazó. Betty no quería nada que no tuviera que ver con el Partido, con la lucha. El lloró, le rogó. Ella se negó, una y otra vez. Betty no podía evitarlo, por temor a despertar sospechas. Al mismo tiempo, no comentó la propuesta del hombre a sus superiores. En ese momento, Betty era su amante, y temía que la culparan por despertar su pasión.

El inclusive llegó a ofrecer casarse con ella según las normas de Sendero Luminoso. Tenían su propia ceremonia matrimonial celebrada por el Comisario Político de la zona, quien une a la pareja bajo la promesa de "servir mejor a la revolución". Las mujeres no se comprometen ni con un hombre ni con la familia ideal.

"Una noche, me amenazó con suicidarse con su propio revólver si me negaba a ir con él a Huancayo, donde vivían sus padres. Me dijo que ellos estaban enfermos e iban a morir. Yo pensé, si sólo es un par de días, si regreso enseguida. No tenía intenciones de casarme con él. Pero no se lo dije a nadie".

De primera intención, parecía muy simple. A la mañana siguiente, tomaron un camión a Huancayo, cargado de tunas. No esperaba sentirse animada, pero repentinamente, el traqueteo del camión la llenó de gozo. El camino seguía el borde del valle, y de allí trepó por la helada puna, el desierto de la cordillera. Betty divisó a un cóndor y un pequeño zorro rojo. Después de algunas horas de bordear las inmensas peñas grises que marcaban la llanura, el camión enfiló hacia el río Mantaro.

Fue entonces que él dijo, casi sin darle importancia: "Quizá podamos contactar con la unidad en Huancayo". ¿Contactar?, se preguntó ella. ¿Para qué, si vamos a volver en seguida? Le hizo la observación, pero él simplemente se encogió de hombros. Era sólo una idea, dijo.

"Por supuesto, cuando llegamos a Huancayo, sus padres estaban bien. Sólo había sido una trampa, para engañarme y hacerme venir. Y la situación en esa casa era terrible, igual que en la casa de mi tía. Su padre era un alcohólico, y nos echaba de casa gritando a los cuatro vientos que éramos sólo unos cochinos terroristas".

Betty cuenta que le rogó volver. El se rehusó. En ese momento, ella sabía que habían descubierto su salida de Ayacucho; quizá incluso la habían vinculado a la desaparición de él. Sólo había una manera de calificar los hechos: traición. Betty era una traidora. Sabía lo que pasaba con los traidores.

Para ese entonces, Betty tenía otra razón para quedarse: estaba embarazada.

\* \* \*

En Huamanga, las noches están llenas de cosas maravillosas: los *Nakaqs* - vampiros chupa-grasa con cara de lampiños turistas gringos - acechan en los caminos solitarios. Las cabezas voladoras flotan, mientras los *chivatos* - enormes hombres-cabra de ojos rojos vigilan los bajíos. En el Hotel de Turistas - ahora conocido como el Cuartel de Turistas -, la evidencia de los soldados alojados en las habitaciones antes reservadas para dignitarios de paso, viene en fragmentos de música tropical y el ruido sordo de botas y rifles.

Como Betty, yo también sueño con Guzmán. Pero en mi sueño, Abimael Guzmán tiene cuerpo de macho cabrío, y se pasea más allá de la luz amarilla arrojada por una lámpara de querosene. Desde la cama, escucho los ruidos que hacen dos zorros encerrados en el jardín interior del hotel. Un campesino los vendió al gerente del hotel cuando eran cachorros. Durante toda la noche, se arrojan con estrépito contra los ventanales que hacen las veces de rejas. Pero cuando tomo desayuno al lado del jardín, el único indicio de su presencia es el excremento y el persistente olor de sus orines impregnado en las ventanas inferiores.



En Ayacucho, los cuerpos aparecen y desaparecen, pero en horarios estrictos. Me cuentan que Sendero Luminoso sólo comete asesinatos o atentados con explosivos entre las ocho y las nueve de la noche, o poco después del amanecer. Las explosiones o muertes restantes son obra del Ejército, tratando de confundir a la población con lo que un amigo llama "ablandamiento psicosocial". Nadie se engaña al respecto. Una mañana aparecen cinco cuerpos decapitados. ¿Quién es el culpable? La respuesta depende de a quién se haga la pregunta.

Un fiscal que trabajó en Ayacucho me dijo que guardaba cabezas humanas en su congeladora, por ser evidencia contra el Ejército que había hecho volar los cuerpos. Pero, una noche, la hija del fiscal abrió la puerta del congelador. Durante un mes, su largo cabello negro, brillante y preciosamente rizado, se le fue cayendo en mechones. Llevó la refrigeradora a su oficina, y la cerró, con candado.

Una mañana, un senderista lanzó una granada en la tolva de un camión que llevaba campesinos al mercado. Los hombres saltaron fuera del camión y salieron ilesos. En cambio las mujeres, acostumbradas a sentarse sobre sus piernas cruzadas en el centro del camión, como seres débiles y necesitados de protección, fueron masacradas y sus cuerpos quedaron regados por toda la carretera. Cuando saco la cuenta de todos los hombres que dicen haber sido amantes de Edith Lagos, obtengo una lista de aproximadamente veinte por año, contando desde la edad en que aprendió a caminar.

Un cuento en particular me deja perpleja. Fue ella, dicen, quien inspiró al estudioso doctor Guzmán a convertirse en "Gonzalo", el del aliento flamígero. Cuentan que su pasión despertó la voluntad política de Guzmán. Al igual que Lagos, Augusta La Torre era una chica del pueblo. Su padre, Carlos La Torre, trabajaba en el banco del Estado y era líder del Partido Comunista en Huanta, una hora al norte de Huamanga.

Carlos La Torre estaba impresionado por Guzmán, tan cultivado y seguro de sí. Guzmán empezó a visitar la casa de la familia La Torre. Allí, Augusta le servía vasos del fuerte licor, oriundo de Huanta, de peras y tunas. Guzmán no podía ignorarla. Tenía una tez blanco-lechosa, y grandes ojos de paloma. Para algunos, se parecía a la estrella cinematográfica italiana Claudia Cardinale, pero era narigona. Era una estudiante mediocre, y adoraba las novelas románticas que escondía bajo su almohada. Se mordía las uñas. No tenía interés en maquillarse o seguir los dictados de la moda. Su padre, el comunista, le había hablado de la injusticia y de hacer el bien a los pobres. Su idea de mejorar el mundo consistía en estudiar para ser maestra. Hasta que conoció a Guzmán.

Se casaron en 1964. El tenía 27 años; ella, 18. Así es como la gente los recuerda: un muchacho brillante, lleno de ideas, se casa con una joven buenamoza, convencida de que el deber de toda mujer era sumergirse en la vida de su esposo. Si Abimael hubiera sido médico, habría sido su enfermera; si se hubiera dedicado a los negocios, le habría llevado las cuentas. Como era comunista, se convirtió en camarada, seguidora y fiel discípula.

Primero vivieron con los padres de ella, después se mudaron al Kremlin. Augusta renunciaría a su acariciado sueño de obtener el título de maestra. Se matriculó en la universidad. Como no era una gran cocinera, ella y Guzmán comían en casa de la familia La Torre, o en pensiones de Huamanga. Tras pasar penosos meses visitando varios consultorios médicos, supieron que Augusta tenía los ovarios infantiles y que jamás podrían tener niños. "Soma", una amiga suya de la infancia, me cuenta que fue motivo de gran pena para la pareja, aunque también los liberó de impedimentos para dedicarse a la revolución.

Los amigos hacen de ellos un retrato idílico: una pareja normal, con tendencias de izquierda pero no ajenos a la buena comida, al vino y a las fiestas de los

sábados por la noche en que la elite académica se divertía. Para amenizar, le hacían halagos a Augusta para que cantase - desentonada, indecisa, pero con los ojos cerrados y transportada por la música. Guzmán la adoraba. Le llevaba bombones y flores, y ocasionalmente un traje. Ella se lo ponía para complacerlo, pero debajo de un voluminoso suéter de lana. "Abimael -cuenta Sonia- le decía: '¡Quítate esa chompa, te ves preciosa con ese vestido!'. Y ella sólo sonreía. Quizá él la cuidaba demasiado, la sobreprotegía. En algunas cosas, ella era un poco lenta, hasta tonta. Pero se amaban mucho".

Guzmán la convirtió en dirigente del Movimiento Popular de Mujeres. En reuniones políticas con sus adversarios, ella se sentaba detrás y tomaba notas, era los "ojos y oídos" de Abimael. Más tarde, se reunió con él en China para estudiar la revolución con un veterano de la Gran Marcha. Aprendieron tácticas para emboscadas, asaltos, movimientos de columnas y preparación de dispositivos para demolición. "Cuando manipulábamos delicados elementos químicos", contaba Abimael a su entrevistador en *El Diario*, "se nos recomendaba tener en mente siempre la ideología; ella nos haría capaces de realizar cualquier cosa y hacerla bien". Más tarde, en una protesta en Huamanga, Augusta fue apresada y golpeada por la policía. Guzmán no movió un dedo. Más tarde, dijo a sus seguidores que tal comportamiento es "natural" en el día a día de la política.

Augusta era tierna con los amigos, pero una oponente política dedicada y fiera. Sonia dice que la llamó por última vez en 1979. Se encontraron en la esquina de una calle en Huamanga. El propio Guzmán estaba a punto de desaparecer en la clandestinidad. Las vidas de Augusta y de su amiga habían cambiado; ahora eran tan diferentes. Su amiga tenía niños. Se había casado con un profesional, y vivían en una cómoda casa, tenía televisión, empleada doméstica y un pequeño automóvil. Aunque Sonia dice que creía en las mismas

cosas que Augusta, ella ahora tenía responsabilidades. Ambas sabían que Augusta había escogido el camino más duro.

"Era la misma Augusta", cuenta su amiga. Llevaba puestas una falda y chompa. Sus uñas estaban mordidas hasta la carne. Ya no tenía tiempo para las novelas románticas. Pero aún no había aprendido a cocinar. Augusta le prometió que se volverían a ver. Augusta le ofreció mantenerse siempre al tanto de lo que le ocurriera a su amiga. Se separaron, llorando. "Así nos separábamos siempre, pensé que la vería otra vez. Pero ella no mantuvo su promesa".

Pregunto por la Augusta que en 1982 trató (y falló el intento) de ejecutar a sus tíos por rehusar venderles armas. "Conocí a Augusta", me dice la amiga con tristeza, "pero nunca conocí a la mujer que se hacía llamar Camarada Norah".

A pesar de su prominencia inicial, poco se oyó de Augusta en los once años que siguieron. Ocasionalmente, la policía aseguraba estar a punto de capturar a Guzmán (aunque no a su esposa). Ninguno de mis entrevistados admite tener fotografías suyas. Otras mujeres - como Edith Lagos - tienen más publicidad. Mientras la figura de Guzmán se expande - el Doctor Guzmán, el Camarada Gonzalo, el Presidente Gonzalo, la Cuarta Espada del Comunismo -, la de Augusta se reduce. En 1991, la policía dio a conocer un video capturado a Sendero Luminoso, mostrando el cuerpo de una mujer envuelto en una bandera roja con la hoz y el martillo. Era Augusta. La policía cree que murió el 14 de noviembre de 1988. Tenía 43 años.

En el video, Guzmán está solo con el féretro. Con voz distante y confusa, habla de su pasión, sentimientos y valor. Entre los pronunciamientos, Guzmán dirige al camarógrafo: más cerca, este ángulo, hacia atrás. Lo hace para el recuerdo, quizá para algún futuro Museo Revolucionario. Guzmán parece estarle respondiendo a "ciertos camaradas" que dudan sobre algo relacionado a la muerte de la camarada Norah. Dice

algo sobre el alma, luego habla de la fe. El breve panegírico causó intensas especulaciones. Ella era una camarada, dice, "capaz de aniquilar su propia vida para no levantar la mano contra el Partido... En la lamentable confusión de su soledad nerviosa, prefirió autoaniquilarse, extinguirse". Mientras se inclina para besar su frente, dice: "Me acercaré despacio. ¿Sale?".

La prensa barajó varias teorías por semanas enteras. ¿Se suicidó Augusta? ¿O fue asesinada antes que pudiera dejar el Partido, traicionar a Guzmán? Los documentos capturados indican que las especulaciones llegaron hasta el Comité Central del Partido, el cual castigó severamente a un grupo de camaradas que había formado una comisión para investigar la muerte de Norah. El principal sospechoso era Guzmán. La policía jamás halló el cuerpo.

La revista *Sí* publicó un fragmento de una carta atribuida a Guzmán y dirigida a sus suegros:

Mi alma navega en las sombras y mis húmedos ojos dejan de ver al recordar el ayer, ese ayer tan distante aunque presente, cuando descendió su mirada luminosa e inolvidable, y sus labios me dijeron que ella partiría antes. Yo le respondí que los niños no mueren de pronto, que ellos deben enterrar a sus mayores... Su vida y su ejemplo dan fuerza, y la luz de una bandera roja flameante nos llama al combate...

Los periodistas comparaban a la belleza huantina con Jiang Qing. Para mí, su vida es más como la de He Zizhen, la predecesora de Jiang Qing. He Zizhen empezó vivir con el viudo Mao en 1928 (su primera esposa, Yang Kaihui, fue capturada por los nacionalistas, quienes la torturaron hasta hacerla morir). Según la opinión general, era una esposa confiada y amorosa. Con ella, Mao tuvo cinco hijos. Pero He Zizhen no podía soportar sus infidelidades. El resolvió su enojo enviándola a hospitales psiquiátricos soviéticos. Murió en el olvido.

Jiang Qing tuvo cuidado de no caer en el mismo error. "El sexo es importante al principio", dijo una vez, "pero lo que sostiene el interés es el poder".

Guzmán, siempre el maestro, convirtió la muerte de su esposa en una moraleja. Augusta se convirtió en el símbolo del apoyo incondicional. Para Guzmán, el cuerpo de Augusta representa la máxima virtud de Sendero Luminoso: el auto-aniquilamiento, el sacrificio por la causa. Aunque es una exigencia para todos los camaradas, pienso que Guzmán lo ve como una virtud inherente de las mujeres, que los hombres deben esforzarse por poseer. En otra secuencia del video capturado, Guzmán está de pie contra un muro negro. Se le ve corpulento, embutido dentro de su chaqueta cortada al estilo de Mao, con las mejillas cubiertas por la barba y suavizadas por el vino. Los camaradas se aproximan para tomarse fotos con él. Los hombres se le acercan furtivamente, de una manera casi servil, y un tanto temerosos. Pero las mujeres se le unen con gran entusiasmo, y se colocan tan cerca que sus brazos se tocan.

El efecto no es sexual, sino paternal. Ellas son sus leales favoritas. Es como si Guzmán viera en ellas a Augusta. Puede temer a los hombres, en tanto rivales. Pero las mujeres son espíritus gemelos, comprometidos con una causa. La causa es la revolución que, para Sendero Luminoso, se ha convertido en sinónimo del propio Guzmán. La causa es él.

Para emplear una metáfora religiosa (apropiada para Guzmán, de quien un periodista escribió que "era un hombre profundamente religioso que no cree en Dios. Por eso forjó una línea política clara... que exige una fe absoluta"), Guzmán es como el Papa: no abriga temor de competencia por parte de las mujeres. Ellas son sus leales soldados de infantería. ¿Compite el Papa con las monjas? Nadie se atrevería a pensarlo.

La camarada Norah fue colocada en un ataúd de caoba y enterrada en el jardín interior de una casa limeña. Sobre la tumba, sus compañeras camaradas di

ieron haber sembrado rosas rojas y retamas. Augusta no descansó en paz. Un año después, los camaradas volvieron con picos y palas. La desenterraron para llevada a otro lugar, más seguro.

¿Qué secretos hubiera divulgado la camarada Norah? Pienso en sus uñas mordisqueadas, en sus chompas, en lo que su amiga llama su torpeza. Cuando conoció a Guzmán, tenía la edad de Betty. ¿Era eso a lo que Guzmán se refería cuando habló de su "nerviosa soledad"? Ya adulta, sabia, experimentada, ¿se arrepintió? ¿Qué tan lejos vagó Augusta antes de ser encarrilada nuevamente en la línea del deber revolucionario?

Cuando terminó la entrevista, Sonia me plantea la pregunta: "Dicen que Augusta ha muerto, ¿no?".

"Dicen", significa rumor, lo que se publica en las revistas. Allí, Guzmán es retratado como un bebedor, un fanático desquiciado. Demasiado a menudo, las revistas han publicado como verdad lo que resulta ser la cruda desinformación que el Ejército produce con profusión. Le pregunto si ha visto el video. No las escenas de Guzmán al lado del féretro, sino el baile, el vino, los abrazos amistosos. Según algunos, la mujer que baila con Guzmán es Augusta antes de morir.

"Esa no era Augusta", se apresura a decir el esposo de la amiga. "No era ella. A menos que haya cambiado tanto que esté irreconocible".

"Vimos el video como todo el mundo en la televisión. Y hemos leído el artículo en las revistas. Pero más allá de eso, ¿cómo podemos saber si es cierto?".

"¿Puede ser cierto?", pregunta la amiga de Augusta. "Es verdad, o no lo es. Bueno", concluye el esposo, enfáticamente.

Su preocupación me parece adecuada para alguien que recibe malas noticias sobre amigos a los que no ha visto en mucho tiempo. Me cuentan que Augusta era alta.

"¿Tan alta como yo?", pregunto.

"Veamos".

Me pongo de pie. Me miran como evaluándome. "Era más o menos así de alta", sentencia el esposo. "Buenamoza, 'cara lavada'". Con la cara lavada, sin maquillaje. "Como tú", dice por fin.

Mientras hablan, me pregunto, ¿cuánto saben ellos sobre la muerte de Augusta? Es difícil creer que Augusta simplemente se alejó de una querida amiga de la niñez. Después de todo, le había prometido seguir en contacto. Temo que su formalidad sea engañosa. En el comedor se sirve vino casero, aromatizado con una hierba fuerte y picante. Una de las hijas de la pareja juega con un bebé, haciéndolo saltar. Me cuentan que la muchacha era la consentida de Augusta. La noche de su nacimiento, Osmán Morote trepó el muro del hospital para entregarles un poema escrito en su honor. Esa es la atmósfera, pienso, de aquellas jaranas de antaño. Abimael y su linda esposa no pueden haberse despedido sin más, dejando sólo besos y promesas de un pronto retorno. ¿Son acaso las despedidas tan definitivas?

La amiga de Augusta me acompaña al Toyota rojo, estacionado en la esquina. Me aprieta el brazo. Noto que ha llorado. Sin embargo, las lágrimas no traicionan su voz. Me siento mucho más grande que ella, y más distante. Augusta no era mi amiga.

Especula una vez más sobre lo ocurrido a Augusta. "En realidad, nadie está seguro", me atrevo a decir, en relación a la muerte de Augusta. Sonia sonrío, asintiendo con la cabeza. Pienso que si Augusta hubiera tenido mi estatura, la hubiera visto como yo ahora: su rostro levantado hacia el mío e iluminado por las estrellas como una ventana húmeda.

\* \* \*

En la Trinchera Luminosa, el pabellón donde se mantenía a las mujeres acusadas y sentenciadas por pertenecer a Sendero Luminoso hasta mayo de 1992, la imagen de Guzmán estaba presente por doquier. El



6 de mayo, la policía puso sitio a la prisión, con el objetivo de trasladar a los senderistas a otros lugares dispersos. Empezaron por las 130 mujeres, quienes les salieron al frente con dinamita, armas caseras y frascos de ácido muriático. Las mujeres escaparon a través de un túnel que conectaba la Trinchera Luminosa con el pabellón de varones, y desde el cual los senderistas montaron resistencia combinada. No hubo soledad nerviosa durante los cuatro días que se requirieron para vencerlas.

La prisión ocupada, con sus paredes grises, aparecía en la televisión como una ciudad bombardeada. Las granadas lanzadas al interior de los pabellones, a través de agujeros practicados en el techo, los hacían despedir humo por los respiraderos como si fueran máquinas locas. Agachados y con pesados chalecos antibalas, los policías corrían por los techos. Día y noche, el himno nacional del Perú sonaba a todo volumen por los altavoces. Los senderistas respondieron con sus propios himnos maoístas. Para quienes siguieron los sucesos por televisión, parecía un suicidio en masa.

Por años, los senderistas se habían estado preparando para este momento. Es lo que se les había enseñado a esperar. Teniendo en mente un glorioso sacrificio, habían excavado y fortificado los túneles bajo los pabellones con ladrillos introducidos a la prisión clandestinamente. A través de un teléfono celular, enviaban avances de informes a los familiares aglomerados fuera del penal.

El saldo mortal de la acción fue de 39 internos y tres policías. Según informes periodísticos, cuando la policía finalmente ingresó valiéndose de la fuerza, tenía listas con los nombres de los dirigentes más importantes. Todos ellos - a excepción de Osmán Morote, el marido de Teresa - salieron de la prisión muertos, incluidas Janet Talavera, editora de *El Diario*, y Yovanka Pardavé, considerada integrante del Comité Central del Partido.

La toma de la prisión dio fin a una curiosa situación. Los pocos senderistas que el gobierno había podido capturar y procesar a través del embrollado y corrupto sistema legal, eran luego enviados a una prisión que estaba bajo su propio control. Allí aprendían a convertirse en mejores senderistas. La prisión era su universidad. Aprendían más canciones y lemas. En las mañanas, hacían calistenia. En las tardes, practicaban emboscadas y "juicios populares". Conseguían sus propios ingredientes y preparaban su comida. En rincones del patio, criaban patos, pollos y conejos, y cuidaban de las flores que habían sembrado. En días especiales, tenían bailes y óperas revolucionarias, versiones de las obras más queridas de Jiang Qing. Los cuadros de nivel más bajo se codeaban con la élite senderista. Y se decían a sí mismos, y a quienes quisieran oírlos, que eran prisioneros políticos, los verdaderos representantes del pueblo, sufriendo abusos de un régimen ilegítimo.

Laura Zambrano, conocida como la camarada Meche, fue liberada al cumplir su sentencia de 14 años (reducida a siete años, 11 meses y 15 días por "buena conducta") por la muerte de seis personas y al menos 28 atentados con explosivos mientras dirigía el comité militar a cargo de Lima Metropolitana. Según el juez que firmó su liberación, se trataba de una prisionera modelo. Ex maestra de secundaria, Laura dijo que reanudaría la enseñanza. También demostró capacidad para tejer alfombras, señaló el juez. El hecho de que las alfombras mostraran al Presidente Gonzalo conduciendo a las masas armadas hacia la victoria no pareció perturbarlo. La fidelidad del juez se apega al aspecto legal, no al sentido común.

El día de su liberación, Zambrano fue directamente desde la puerta de la prisión hacia un auto que la esperaba y que la introdujo rápidamente en la clandestinidad. Menos de un año después, fue capturada junto con Guzmán.

Cuando visité el pabellón de mujeres en febrero de

1991, Zambrano aún estaba allí. La reconocí por una foto publicada en *El Diario*. Su rostro cuadrado, sus quijadas pronunciadas, la frente surcada de arrugas, le daba un inexplicable parecido a Jiang Qing, no en la época en que jugueteaba con Mao en las cuevas de Yenán sino mucho después, cuando adoptó los ternos severos que eran símbolo de la pureza de su ideología. El cabello, alisado con agua, estaba sujetado fuertemente sobre la nuca. Ella es la imagen de la "autómata asexual" senderista, opuesta a la de Edith Lagos. "Como parte de las legiones de hierro, mantenemos nuestra condición de invencibles con el todopoderoso Pensamiento Marxista-Leninista-Maoísta-Gonzalo, y bajo la conducción absoluta del Partido", dijo a su entrevistador de *El Diario*. Cuando este le preguntó por el amor, Meche replicó: "El amor es para la clase, y está en función de la guerra popular".

Como una suerte de reto, mi amiga Vera y yo decidimos visitar la Trinchera Luminosa. La mayoría de los periodistas visitan a los hombres. Pero las verdaderas personalidades de Sendero Luminoso son mujeres: Laura Zambrano; Sybila Arredondo de Arguedas, viuda del fallecido novelista peruano José María Arguedas; la ciudadana alemana Renata Herr. En otros países latinoamericanos, los subversivos montan oficinas para recibir a los periodistas. Incluso los llevan en sus patrullas. Pero virtualmente la única manera de hablar directamente con Sendero Luminoso es en prisión. Queríamos ver si nos permitirían entrar (y luego, volver afuera). Vera quería fotos. Y yo quería saber cómo son cuando están en grupo, en su mejor ambiente. Tenía que lograrlo a partir de las versiones oficiales, no de las invenciones de la prensa o a través de la tragedia de Betty. Me preguntaba, ¿de qué manera mostrarían su femineidad? ¿Sería relevante?

Conseguir autorización oficial para ingresar a la prisión no era difícil. Obtener permiso para ingresar a la Trinchera Luminosa ya era otra cosa. Las propias mujeres decidirían.

La mañana señalada nuestro chofer nos recogió en su Mustang negro, y nos llevó por el ya caliente hedor del centro de Lima. Más allá de Acho - el coliseo donde se realizan las tradicionales corridas de toros - , el horizonte extiende hacia el este y se aprecia la verdadera naturaleza de Lima: el desierto y los adustos cerros de los Andes.

Elegimos el día de visitas femeninas para ir. Al detenemos, vemos enroscarse afuera una larga fila de mujeres portando pesadas canastas. En los quioscos cercanos, se venden regalos de último momento: Inca Kola en botellas de plástico, cigarrillos, galletas. Una mujer alquila faldas por hora, para las visitantes que olvidaron la regla de no usar pantalones.

Vera y yo estábamos nerviosas y alborozadas a la vez. Era algo estimulante, como tocar la cara de un animal impredecible. ¿Resultará suave al tacto, o causarán dolor sus espinas?

Adentro, el jefe de seguridad nos examinó con buen ánimo. Yo con mi grabadora, y Vera con sus cámaras, además de nuestras caras ansiosas, resultábamos seguramente muy divertidas.

"No puedo prometerles nada", dijo al conducimos a su oficina. Mientras hablaba, se daba palmaditas en la barriga, redonda y firme como un huevo. Llevaba una gorra de béisbol roja rotulada "Florida". "Las llevaré hasta la puerta. Si dicen que no pueden pasar, no hay nada que hacer. Si dicen que sí, tienen que entrar por sí mismas."

El jefe de seguridad me dio la impresión de ser un hombre práctico. A la mayoría de los peruanos les gustaría ver muertos a los senderistas. Pero él los trataba bien. Tenía que hacerlo. Ellos sabían dónde vivía, el nombre de su esposa, el lugar en que estudiaban sus hijos. El nombre oficial de la prisión es Miguel Castro Castro, como el director penitenciario asesinado en 1985 en la puerta de su casa por un comando de aniquilamiento de Sendero Luminoso compuesto por un hombre y una mujer. Su crimen: estar de acuerdo con

una propuesta de traslado de los senderistas desde la prisión en que se encontraban - en la isla de El Frontón - a la recientemente construida en Canto Grande. Los senderistas creían que la policía planeaba matarlos en el trayecto.

Un año después, cuando el traslado fue inminente, las fuerzas de seguridad debelaron un motín liderado por Sendero Luminoso en la cárcel de El Frontón, bombardeándola hasta reducirla a escombros. Durante los hechos, murieron o fueron ejecutados cientos de prisioneros, incluidas tres mujeres. En 1991, un oficial de policía implicado en el encubrimiento de la masacre fue asesinado por Sendero Luminoso en la puerta de su casa.

Aunque Castro Castro fue pensada como una prisión de máxima seguridad, los aparatos y cámaras de vigilancia electrónicos, instalados a un alto costo por contratistas españoles, no funcionaron ni siquiera el día de la inauguración. Después de eso, los prisioneros sobornaron a un trabajador del penal para cortar con su Caterpillar el cable que permitía el paso de electricidad que cerraba automáticamente las puertas de las celdas. Desde entonces, los prisioneros tomaron el control del lugar. En 1990, 48 miembros del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) escaparon a través de un túnel de 2 kilómetros de longitud que les tomó más de un año excavar. Estaba equipado con luz eléctrica, un refrigerador y hasta una bomba de oxígeno, para hacer respirable el aire malsano a mitad del túnel. Ese mes, la electricidad fue racionada en Lima, así que la broma del momento era que el túnel del MRTA era el hospedaje más lujoso de la ciudad.

"En cierta manera, los senderistas son mucho más tranquilos que los presos comunes", dijo mientras ponía su mano detrás de la cabeza. "No toman drogas ni alcohol. Y no se matan por un vaso de cerveza casera", añadió, refiriéndose a la malta de arroz que los presos comunes fermentan en baldes de plástico.

El jefe de seguridad no deja que el escape del

MRTA afecte su buen humor. Después de todo, ocurrió meses antes que él llegara al puesto. No era problema suyo. "Me pagan una miseria, y me entregan a tantos hombres. ¡La corrupción está en todas partes!". Baja la visera de la gorra para calársela bien. "Se nos da esta prisión para cuidarla, pero no tenemos control sobre la administración o los alimentos. Hago lo que puedo para mantener las cosas lo mejor posible".

Su predecesor, otro oficial de policía, había sido despedido varios meses antes por corrupción. El mismo fue removido también, semanas después de nuestra visita. Vender licor, drogas y mujeres para luego ser despedido, son gajes del oficio. El asunto no es visto como un castigo, sino como una manera de distribuir la riqueza entre muchos comandantes.

El jefe de seguridad charlaba con nosotros mientras los guardias terminaban de pasar lista a los prisioneros. Nos dijo que los guardias no entraban a los pabellones, sino que contaban a los prisioneros, formados militarmente en filas en los patios, desde el techo de los *bunkers*.

Aparecen dos policías para escoltarnos a través de un pasadizo de cemento. Puedo ver que el jefe de seguridad se divierte con lo que tiene ante sus ojos: Vera y yo, pálidas de nacimiento, pero ahora más pálidas aún mientras ingresamos a la enorme, sucia y cacofónica rotonda de la prisión. Se ríe con los guardias, y les grita algunos chistes.

Los seis pabellones de Castro Castro están contruidos a la manera en que los niños dibujan al sol. Al centro se encuentra la rotonda, sin techo, dominada por una torre con paredes de vidrio desde la cual pueden vigilar los pabellones de tres pisos. Pero esa mañana, vi que los vidrios de las ventanas estaban rotos. En lugar de vigilar, los guardias se sentían vigilados. También se sentían como inmejorables blancos. La mayoría permanece en los techos y en las cabinas de madera contruidas para protegerlos del sol, desde donde hacen el conteo diario de los reos.

Cada pabellón era un mundo en sí mismo. Allí estaba la celda de los narcos, con sus antenas y el "plato" para recibir la señal del satélite, clavados en el techo del pabellón y listos para conectar a los zares de la coca con los deportes y la farándula del mundo desarrollado. En la puerta siguiente, en un edificio tan manchado y fragante de orina como un bar limeño, están los policías corruptos. Los asesinos, secuestradores y ladrones de bancos viven en un edificio cuyas paredes están totalmente cubiertas de pintas. Los dos pabellones correspondientes a los subversivos lucen limpios y ordenados. El de varones tiene incluso esterillas de bambú en las ventanas, que enrollan o desenvuelven según el clima. Sobre un muro antes usado por los guardias para prácticas de tiro, están pintados en rojo la hoz y el martillo.

Como es día de visita, los prisioneros y guardias y las primeras visitas femeninas deambulan por la rotonda. Los prisioneros comunes pregonaban la venta de sus canastas de paja, cuyos luminosos colores relucían al lado de sus delgados brazos y su ropa sucia. Algunos hacen buen negocio adentro. Otros se mueren de hambre. De vez en cuando, los diarios de Lima informan con horror que una mujer permaneció una noche entera, pasando de pabellón en pabellón.

A la entrada de la Trinchera Luminosa, el jefe de seguridad nos recuerda "que una vez dentro estamos a nuestro propio riesgo. Sonríe mientras dice: "No voy a enviar un guardia allá para acompañarlas, ni tampoco para recogerlas".

La camarada en la puerta le da la mano como a un antiguo socio. El le explica que tenemos permiso oficial.

Haciéndome oír por encima del ruido circundante, le explico el propósito de nuestra visita: Somos periodistas, nos gustaría que nos contara la historia desde su lado". La camarada es baja y fornida, y sus pequeños ojos pardos están sumergidos detrás de sus gruesos anteojos. La entrada tenía colgadas banderas rojas con la

hoz y el martillo. Me pasan la mano por los brazos. Al interior, puedo ver una habitación larga y estrecha que termina en una puerta con cortinajes. A un lado hay bancas y mesas como de *picnic*, hechas de cemento. Pegados, brillantes decorados de fiesta, rojos y dorados con letras colgando del techo: EGP -por Ejército Guerrillero Popular - y CPA - por Comités Populares Abiertos -. A mi derecha están las escaleras que conducen a las celdas de los dos pisos superiores.

Las mujeres parecían vestidas para una fiesta, como de hecho lo estaban. El día de visitas no sólo significaba la llegada de los seres queridos, sino también sucesos especiales, como música y discursos. Sólo en ocasiones extraordinarias - como el cumpleaños de Guzmán - se visten con una especie de uniforme oficial: camisas rojas, faldas o pantalones negros, y gorras negras como la que usaba Mao. Por ser día de visita, tenían zapatos de taco alto, uñas recién pintadas y faldas. Lucían jóvenes, bien vestidas y escrupulosamente limpias. Algo difícil de lograr, supimos después, cuando la única agua disponible para noventa personas proveniente de un caño y un excusado - llega un día sí y un día no.

La camarada nos llevó a una mesa pequeña para interrogarnos más. ¿Qué nos traía a ese lugar, quién nos enviaba? ¿Para quién trabajábamos, cuál era su posición respecto a la Guerra Popular? Respondí honestamente, aunque no en profundidad. Hubiera tenido que discutir demasiado.

Una de las preguntas tenía que ver con la gente negra que vive en Estados Unidos.

"Africanos-americanos", sugerí.

¿No están ellos oprimidos?, insistió la camarada.

Era pequeña y ansiosa. Estaba tan cerca de mí que podía oler el jabón de lavandería que había usado en lugar de champú.

Dije que el racismo era un problema. Pero no es algo sencillo. "¿Sabes quién es el general Colin Powell?, pregunté.



Sí lo sabía. Cada mes, dijo, les pasan de contrabando un resumen de noticias internacionales. Sabía que era un negro que conducía las acciones imperialistas en Irak, en ese momento en su segunda semana. Al indagar, me confié con orgullo que se trataba del Reader's Digest ("Selecciones", en español). Las mujeres senderistas en prisión estaban tan bien informadas como los blancos jubilados de los Estados Unidos.

Volviendo a Powell, la camarada concluyó que en cada clase hay *traidores*. Sólo determinadas camaradas hablaban. Las otras mujeres nos miraban curiosas, pero reservadas. Las camaradas nos interrogaban en relevos, y luego corrían escaleras arriba para entregar las respuestas a Meche en su celda. Después volvían con nuevas preguntas.

De pronto, colocaron frente a nosotros unos panqueques que goteaban miel. Habíamos sido aprobadas. Delia se convirtió en nuestra guía y chaperona. Enumeró las reglas: sólo podían hacerse fotos y entrevistas previa autorización, no podían tomarse fotos de primer plano, no podía grabar conversaciones no autorizadas.

La primera parte del paseo fueron canciones. Delia reunió a un grupo de 30 mujeres y las envió a través de la entrada con cortinajes al final de la habitación. En un cuarto más pequeño, se alinearon en formación militar. Parecían una muestra representativa de la sociedad peruana: mayormente de piel cobriza, pero salpicadas aquí y allá con blancas, asiáticas, negras. Reconocí a una camarada que había visto antes en los diarios, una muchacha de cabellos castaños, estudiante de danza y alumna de una exclusiva universidad privada.

Cantaron cuatro himnos: "La Internacional", "El Continuismo del Marxismo-Leninismo y el Pensamiento Mao", "Larga Vida a Mao Tsé Tung y al Partido Comunista Chino" (cantada mitad en español y mitad en chino), y "Nuestro Jefe":

"Nuestro Jefe es Gonzalo  
el del pensamiento y acción brillantes,  
inspirado por Marx, Lenin y Mao, desarrolla  
nuestra poderosa ideología  
cuando ante el mundo en llamas se desarrolla  
la invencible guerra popular".

Con sus banderas, marcharon hacia el patio exterior. Los policías que miraban desde el techo eran astillas negras contra el sol del mediodía. Detrás de las mujeres aparecía un enorme mural de Guzmán, con cara de luna llena y sus anteojos de armazón plástico barato, agitándose como un ángel de la venganza que bajara de un cielo escarlata. Las mujeres gritaban lemas y aplaudían. Sólo una de ellas no levantaba el puño para acompañar los cantos. Su cara tenía la apariencia de alguien que ha sido víctima de golpizas. Después supe que su brazo derecho había quedado destruido al estallar un explosivo que estaba fabricando. Los médicos pudieron reemplazar su brazo izquierdo con un garfio de metal.

La escena era precisamente lo que Vera y yo esperábamos. Allí estaban, formadas como soldados. Sus palabras eran vivificantes. Su hombros estaban tensos, sus rostros denotaban fiereza. Eso es lo que me querían mostrar: coraje y resolución. Fervor revolucionario. Eran las legiones de hierro.

Sin embargo, sentí ganas de reír. Era tan fastidioso, tan deslumbrantemente limpio. Era como una propaganda de la revolución, hecha según los mismos principios que las de productos de limpieza. Fuerte, de acción rápida, y eficaz contra esas manchas rebeldes (el capitalismo mundial). Abrazaban el otro lado de la anarquía latina: el autoritarismo latino, con su sombrío antecesor.

Se me ocurrió que esa era la fruta exótica de Guzmán, la que no llegó a fabricar con Augusta. Sin embargo, como otros niños de padres estrictos, parecían haber sido incubados en un lugar especial, quizá fuera

de la historia: el transbordador espacial, las telenovelas venezolanas, imágenes plásticas de santos, la caída de la Cortina de Hierro y la televisión interactiva, la misma que imaginé podría darme esta imagen mental en réplica instantánea, desde ángulos diferentes y con un tablero de puntuación de asesinatos y bombas por cada rostro limpio gritando lemas. Desde luego, la historia corre en su sangre tanto como en la mía. Pero, ¿qué historia es esta? ¿Es esto todo lo que les dio la vida, un plato vacío de dudas?

"Gloria" (no quiso darme su verdadero nombre) estaba esperando al lado de su celda para ser entrevistada. Parecía alguien a punto de someterse al taladro de un odontólogo. Junto a ella estaba Fiorella, quien llevaba puestos - en la húmeda penumbra del interior del pabellón - unos lentes de sol baratos, y una blusa de poliéster con encajes.

En la pared de la celda de Gloria había una hoja de diario con una foto de Guzmán, pegada a un pedazo de papel de construcción. Había en el ambiente un insoportable olor a excrementos. Delia me explicó que las autoridades de la prisión estaban arrumando los excrementos de los prisioneros comunes a un lado de ese pabellón, sólo para molestarlas.

Con poco más de treinta años, el cuerpo de Gloria parecía una almohada amontonada bajo su desgastado traje marrón. La mirada que Fiorella echaba contra ella hacía sudar su grueso labio superior. Me di cuenta que Gloria estaba siendo puesta a prueba. La prueba era yo. Es una sanción, pensé. O quizás una promoción, una medalla extra por servicios al Partido.

El Partido, dicen los senderistas, tiene mil ojos y mil oídos. El Khmer Rouge solía decir que el Angkar, la Organización, tenía tantos ojos como una piña. Los ojos de Gloria se fijaron en los míos, mientras los de Fiorella, tras las gafas, saltaban entre las dos.

Gloria me repitió las frases trilladas: las mujeres son oprimidas por la sociedad y por la familia, de modo que son más revolucionarias que los hombres.

"¿Quién sufre lo peor de la crisis en nuestro país? Las mujeres. Necesariamente, ellas son las primeras en ver la solución: la revolución".

Pero, ¿qué había de ella?, pregunté. ¿Cómo veía ella la solución? Frunció la boca, fastidiada. Los detalles personales, dijo, no son de ayuda a la Guerra Popular. Fiorella cruzó los brazos, triunfante. Nuestra entrevista se fue cuesta abajo. Aquí extractos de ella:

P: ¿Tienes niños?

R: Eso es secundario. También es secundario donde están ellos. (Finalmente, admitió tener cuatro hijos).

P: ¿Qué crees estarle dejando a tus hijos al unirse a esta guerra?

R: La mayor herencia que uno puede legar: una nueva sociedad. Eso nos hace felices. No sólo luchamos por nuestros hijos, sino por los miles que se beneficiarán de la Nueva Sociedad.

P: ¿Tendremos que esperar mucho por esta Nueva Sociedad? (Fiorella suelta una sonrisa).

R: ¡No mucho! El Partido nos ha dado una brillante perspectiva. Nos estamos preparando para acabar con la democracia y tomar el poder, y así empezar sin vacilaciones con la revolución socialista, y entonces con la revolución cultural que finalmente nos llevará al comunismo. ¡La conquista del poder es una realidad! ¡Esto hace que la reacción se estremezca de terror!

P: ¿Quieres que tus hijos se unan a esta guerra?

R: ¡Eso es secundario! Eso lo decidirá la historia.

P: Pero, si deciden no hacerlo, ¿todavía podrán verte?

R: Eso no es un problema. Eso es secundario. Tienes que analizar esos problemas políticamente (Fiorella da por terminada la entrevista).

¿Cómo se transformará el matrimonio? ¿Existirán guarderías, aborto? Gloria había oído algo sobre guarderías en las comunas soviéticas. ¿Serán buenas, quizá? Pero su contrato con el Partido no entra en especificaciones; sólo habla de gloria, de sacrificio, del pa

raíso de la Nueva Sociedad. ¿Hay guarderías en el cielo? Para Gloria, la pregunta es ridícula.

Gloria posó para una foto autorizada leyendo al pie del altar que le ha levantado a Gonzalo. Fiorella tomó un libro de un estante improvisado con cajones de fruta. En la pared detrás de ella había colgado un retrato de Lenin pintado sobre terciopelo. Gloria simulaba estudiar intensamente mientras Vera la enfocaba.

"Es una obra de Agatha Christie", me susurró Vera, "pero no puedo ver cuál de todas. ¿Será importante?"

Le dije que no estaba segura.

Para una legión de hierro se requiere una disciplina igualmente férrea. Aunque Vera conocía de antes a Chabela, una de las prisioneras, no se nos permitió hablar con ella. La prohibición me recordó la impresión que tuve del Partido al leer un juego de informes secretos escritos en 1982 por una mujer en otra prisión localizada en Chorrillos, al sur de Lima. Ella escribió el informe para el Comité Central, pero de alguna manera las notas se extraviaron. Cuando las vi, estaban en manos de un periodista. Las minúsculas letras, escritas en tinta azul sobre las páginas de la pequeña libreta de espiral, sólo podían leerse con la ayuda de una lupa.

La camarada Cata registra el castigo aplicado a tres mujeres que entregaron información a la policía. En la jerga de Sendero Luminoso, ellas "cayeron en la negra mugre reaccionaria". El hecho que hubieran sido torturadas y violadas era inmaterial. Se les obligó a escribir auto-inculpaciones y asistir a sesiones de crítica. También fueron golpeadas, y se les afeitó la cabeza. A otra camarada se le perdonó el castigo porque había caído "en crisis" a causa de la tortura. Tres veces había intentado suicidarse, y se rehusaba a hablar y a comer.

En otra ocasión había visto un caso similar: Anita, una estudiante de enfermería, acusada de sabotear una aplanadora Caterpillar propiedad del Estado, y encarcelada en una pequeña prisión al norte del país. Cuando hablé con ella, tenía tres meses de embarazo.

Anita me dijo que los policías la habían sometido a violación en grupos, con bastones de madera y una barra de metal. Al ser llevada a prisión, no podía caminar. Tenía los muslos ensangrentados, y los guardias estaban seguros de que tendría un aborto espontáneo. Cuando hablé con ella, ya no tenía trato con las otras senderistas en prisión, ni siquiera con Flor, la otra mujer con quien había sido arrestada. Pasaba las horas sola en su celda. Desvariaba.

Para Anita, mis preguntas eran hilarantes o aburridas: el Pensamiento Gonzalo, la comida en la prisión, la Nueva Sociedad. "No hay guerra sin muertos o heridos", dijo, la respuesta típica de una senderista. Entonces dejó caer su cabeza, y rió en voz baja, de una manera gutural.

Su compañera, flor, observaba a Anita reír. Reír y reír. Cuando Anita se calló, Flor alisó su falda de poliéster, como si pusiera en orden una situación confusa. "En cualquier momento, el pueblo se levantará para destruir al gobierno y a los partidos políticos corruptos", me informó secamente.

Cuenta Flor que también fue violada tras su arresto. Para ella, fue la prueba de una verdadera revolucionaria. La violación puso a prueba su valor. Como un beso, su mensaje a los violadores oprimía su boca en una sonrisa. "Con el Partido, los corruptos y torturadores serán aniquilados. Esa clase de tratamiento sólo nos vuelve más fuertes. A esos policías sólo les digo que la venganza es dulce".

En Castro Castro, el baile estaba en su apogeo mientras nuestra visita llegaba a su fin. Una banda típica -tambor, zampoñas y flauta- tocaba huaynos. A los peruanos les encanta bailar, y las senderistas no son la excepción. Se columpiaban, zapateaban y se jalaban entre ellas por la muñeca. Los niños daban vueltas en medio de la ronda. Traté de seguir la letra de las canciones. Decían algo sobre los cerros, y el sol flamígero. Entonces venía la sangre, sangre purificadora, la sangre de las masas, que alimentaba la revolución.

Una de las camaradas me invitó a bailar. Tenía un rostro angosto y los ojos rasgados como un gato. Trataba de simular que el gesto era espontáneo, pero sin conseguirlo. Deseaban una demostración de simpatía antes que las dejáramos; querían una conversa. Dije que no, aunque sabía que debía aceptar si quería volver, si quería llegar a conocerlas, si deseaba oír algo más que respuestas planificadas. Pero no pude.

La camarada lo intentó una vez más. "Baila", me dijo. Me tiró del brazo. La dejé hacerlo, sabiendo que mi peso de gringa aseguraría el balance. Me soltó, irritada. "Todas quieren que bailes". Su mirada era la misma que Fiorella había tenido con Gloria, la que se le da a alguien que está siendo puesto a prueba. Yo desaprobé. Era hora de partir.

En la entrada apareció Chabela, la conocida de Vera. "Quiero contarles mi historia", susurró ansiosamente. "Soy inocente. He sido acusada injustamente. No tengo nada que hacer con todo esto".

"Ahora no", le advirtió Delia. Tenía a Chabela tomada por el brazo. Chabela sonrió, mirando por encima del hombro para ver quién se había percatado de la escena. Para su desgracia, pudo ver que todas estaban allí.

Mientras terminaba el día de visita, la gente salía. Adentro, las mujeres senderistas estaban alineadas con sus tambores, como para que los visitantes pasaran revista. Desde afuera, saqué mi micrófono. Delia lo señaló. "Es contra las reglas". De un tirón cerró las rejas de hierro. Un policía esperaba, somnoliento por el largo día de sol y cerveza. Las mujeres rodearon a Chabela y la condujeron al patio, al son de los tambores que marcaban el fin del Día de Visitas.

\* \* \*

Esto es algo que intento explicar a los demás. Lo que sentí, esa mezcla de fascinación, horror y pena. ¿Por qué no podía transmitírselo a alguien más?

Lo siento en mi voz cuando estoy con una amiga a la que llamaré Ruth. Es una típica tarde de invierno en Lima, lúgubre y húmeda. Las sombras se deslizan por su patio amurallado. Apenas puedo verla, envuelta en un saco de lana al otro lado de la mesa. Sus gatos, agitados, merodean por el perímetro. Ruth fuma. Yo bebo vino chileno servido de una caja. Aunque lo usual es que Ruth converse incansablemente, está silenciosa. Me oigo a mí misma, y mi voz me desagrada. Sueno demasiado joven y tonta.

Aunque los padres de Ruth eran europeos, fue criada en la hacienda de su padrastro, uno de los hombres más ricos del Perú. Ruth creció entre dos mundos, el europeo y el peruano, amando a su bella madre y odiando al ogro que era el esposo de esta. Su padrastro - el Don - tenía extensas huertas de naranjas, famosas mundialmente y del tamaño de pelotas. Como pasatiempo, el Don criaba caballos de paso. Jamás los alimentaba o entrenaba, ni los cuidaba cuando estaban enfermos, pero decía que eran frutos - tanto como las naranjas- de su sabiduría superior. Una vez, David Brinkley y un equipo de filmación de la CBS lo visitaron. Fue en 1962; querían saber lo que ocurría con la oligarquía latinoamericana al momento en que Castro tomó el control de Cuba. Con el Don, lo descubrieron. Con su poncho al viento y sombrero de ala ancha, su caballo tirando de las bridas de plata, el Don hablaba sobre "su gente", las familias que vivían en una mal disimulada esclavitud en su hacienda. Parecía una vieja gloria del cine: un rostro de nobles facciones, con un mechón de bigote y una corbata blanca como la nieve bajo el mentón. La revolución era una moda pasajera, decía. El verdadero modo en que debían darse las cosas era el suyo: la riqueza y el poder sobre la vida bajo su tutela.

Ruth insiste en mostrarme esta cinta. Lo que me falta, dice, es una idea de cómo eran las cosas antes. No hace dos años, ni diez. Pero sí el año en que el Don se puso su poncho y su sombrero de ala ancha y posó



para la cámara de la CBS. Podía haber sido en 1862 ó 1762. Así fueron las cosas por mucho tiempo.

La CBS le envió al Don una copia de la película como agradecimiento. Probablemente pensaron que era tan estúpido como fatuo, y que no se daría cuenta que lo habían embromado. Pero el Don sí se dio cuenta. Con horror, vio cómo estos gringos de rostro pálido, tan amigables y aparentemente impresionados, lo habían convertido en el villano de su historia moralista. ¡A él, que se había hecho por sí mismo, que había extraído una fortuna del desierto! La cinta fue guardada *bajo siete llaves* por la madre de Ruth.

Seis años después, el Don lo perdió todo a causa de la reforma agraria decretada por un grupo de generales del Ejército, comandando una revolución que derrocó al gobierno civil y se mantuvo en el poder por doce años. Asqueados, él y la madre de Ruth se mudaron a Madrid, donde la situación económica los obligó a vivir en un apartamento sin ventanas, amoblado con piezas de segunda mano. Un día, el Don reconoció en la calle a una mujer que antes vendía verduras cerca de la hacienda. Sin pensarlo dos veces, se presentó. Ella estaba a punto de abordar su Mercedes, conducido por un chofer. Con gracia, la señora lo invitó a nadar en la mansión que esa temporada estaba alquilando a la duquesa de Alba. Hasta ese momento, el Don no se había dado cabal cuenta hasta qué punto su vida había cambiado. Sin embargo, no se convirtió en un hombre mejor. La amargura y el odio reinaban en él. Si hubiera podido, cree Ruth, habría recuperado cada centímetro de tierra, cada globo grande de fruta, y hubiera hecho pagar por el despojo incluso a la inocente vendedora de verduras que le hizo ver cuánto había caído.

La madre de Ruth le entregó la cinta tras la muerte del Don, ocurrida durante una visita al Perú. "Murió aplastado", aclara Ruth, "como una cucaracha bajo siete toneladas de cemento en la carretera Panamericana".

Así eran las cosas, dice Ruth. Mira cómo son ahora.

No hace mucho, ella y otros dos periodistas fueron a la selva en busca de Sendero Luminoso. Una parte de curiosidad, y tres de audacia. Ni un solo reportero de televisión había viajado con los senderistas hasta ese momento. Se alojaron en un hotel, y se pusieron a esperar a su contacto. Trascurrieron dos semanas. Por fin, hartos y aburridos, Ruth y sus amigos salieron del pueblo. Siete horas después, el contacto los ubicó, ebrios de pisco, en el lujoso hotel donde habían decidido pasar la noche. Les dijo que no tenían tiempo que perder si querían encontrarse con "la columna".

"La columna" es el nombre de una unidad del Ejército Guerrillero Popular. Puede comprender entre 20 y 100 militantes armados y entrenados, y es la principal fuerza usada en combate. Opera en una región determinada pero, fiel a su origen subversivo, no tiene base fija, en constante movimiento. Puede obligar a todos los pobladores de un caserío a acompañarles en un ataque, como fuerza de vanguardia. Puede llevarse consigo a los que quiera, especialmente a los jóvenes. Para los peruanos, "la columna" tiene también otros significados. Cuando "la columna" viene, la gente se esconde. "La columna" los arrastra de sus hogares y los lleva a "juicios populares". "La columna" los abalea, degüella o lapida, mientras suplican misericordia. "La columna" puede obligar a una hija a matar a su padre, o a un esposo a matar a su mujer. Prende fuego a las casas de quienes considera traidores. "La columna" no tiene clemencia. Dice ser "la furia del pueblo". Su aparición puede ser tan repentina como una tormenta coronando la cuesta. Su partida es seguida por el silencio, o por el débil, medido sonido de la queja.

Ruth y sus amigos hicieron la cita. Fue un increíble golpe de suerte. De un lado, los líderes de "la columna" estaban deseosos de aceptar la posibilidad de tener reporteros como acompañantes. De otro lado, la repentina salida del pueblo de los reporteros el día anterior significaba que nadie conocía su paradero en ese momento. Iban a tratarlos como prisioneros de

guerra hasta que el Comité Central decidiera si autorizaban una entrevista formal. Si los periodistas habían mentido, los matarían. Recogieron sus credenciales para verificarlas en Lima. La noche siguiente, quedaron instalados en la casa de una familia campesina que "la columna" había ocupado. Esa noche, Ruth conoció a Flor -la camarada Flor -, lideresa de la columna.

Ruth explica que Flor era una mujer excepcional. Tenía 19 años, secundaria completa, y su deseo más ferviente había sido conseguir un empleo como secretaria bilingüe en una compañía petrolera estadounidense asentada en la costa norte, de donde ella provenía. Cientos de muchachas se presentaban para ocupar las escasas vacantes. Flor tenía la piel más oscura que la mayoría. Y las más morenas casi nunca eran llamadas. En lugar de eso, Flor se dejó llevar, se unió al Partido. Al cabo de un año, fue promovida a uno de los cargos más importantes del Partido en la selva.

Ruth pasó diez días con la columna de la camarada Flor. De noche, marchaban vestidos de negro. A las 4 de la madrugada, los militantes estaban de nuevo en pie y haciendo ejercicios. Practicaban emboscadas, ataques, cómo pintar lemas en las paredes y escapar con rapidez. En las tardes, recibían clases sobre el Pensamiento Gonzalo. Las anotaciones de Ruth eran revisadas, y le estaba prohibido escribir nombres de personas, tipos de armamento o lugares. A la hora de las comidas, servían a los periodistas, enormes, grasientos tazones con fideos, un lujo. Tenían el honor de devorar hasta el último.

Un militante recibió el encargo de ir al pueblo periódicamente a comprar cigarrillos para Ruth. "Les dije que si no podía fumar, entonces de ninguna manera, nada, se acabó", me cuenta. No aceptaron su dinero. Le advirtieron a la "camarada europea" que era un vicio, pero que le permitirían fumar "por el frío". En una ocasión, un militante que le había pedido una pitada de su cigarrillo, le dibujó una hoz y un martillo rojos en el antebrazo como quien no quiere la cosa.

"No se preocupe, compañera", le dijo, sonriente. "Se borrará".

A la hora del crepúsculo, Flor organizaba partidos de vóley y fútbol entre la columna y "las masas", los campesinos de la región. Desde las cimas de los cerros donde acampaban, Ruth podía ver zumbando valle abajo a los helicópteros de la policía y del Ejército, con los orificios para la artillería abiertos. Una vez, mientras tomaba un baño con Flor en un arroyo, un helicóptero de las fuerzas especiales antidrogas de los Estados Unidos (DEA) descendió tanto que podía verse al artillero; su cara parecía la de una hormiga, a causa de las gafas protectoras. El arma de Flor estaba detrás de ellas, en la yerba. Flor ni se sobresaltó. "No te preocupes", le dijo a Ruth. "Nos tienen miedo".

Ruth dice que jamás dudó que si llegaba una orden de matarlos, la hubieran cumplido. Al mismo tiempo, cada mañana, al salir de la choza donde todos dormían, Flor acomodaba la frazada sobre los pies desnudos de la "compañera". "Por el frío". Ruth conserva el recuerdo con una especie de violencia que me sorprende. Este recuerdo la transtorna. La camarada Flor tanteando en la oscuridad de la madrugada, cuidando el cálido sueño de la extraña. ¿Hubiera el Don hecho lo mismo?

"Hay algo tan admirable, y a la vez tan aterrador en lo que esta mujer ha escogido hacer de su vida", dice Ruth. "De alguna manera, estos jóvenes son lo mejor que el Perú tiene para ofrecer. Y eso es lo que han escogido. En cierto modo, merecen un gran respeto. Pero, por otra parte, sólo puedo pensar en ellos con temor y repulsión".

Nunca se les concedió la entrevista. Al final de los diez días, se les dijo que podían escribir sobre la experiencia. Ruth nunca lo ha hecho. No dice por qué. En este momento, lo más probable es que Flor esté muerta. No más retornos a la oscura choza, ni marchas a la cima de los cerros. Demasiada agua ha corrido bajo el puente.

Ruth añade otro detalle. La noche que volvieron a Lima, querían celebrar. En un bar, se encontró a un poeta con el que no había hablado en años. Mientras charlaban, Ruth se dio cuenta que él estaba al tanto de su viaje. Sin decirlo abiertamente, el hombre le dejó saber que él había sido uno de los que verificó sus credenciales, salvándole la vida. En ese momento, la estaba examinando. Su informe probablemente iría nuevamente a manos de Flor. Mil ojos, mil oídos. Ruth todavía siente el escalofrío que experimentó en ese momento.

\* \* \*

Entre Betty y yo había un montículo de toallitas rasadas con las que se había secado las lágrimas. A pesar de la promesa senderista de igualdad, al final había sido un hombre quien la arruinó. Se casó con ella, la golpeó, y luego la dejó. La misma vieja historia.

A medida que avanzaba su embarazo, Betty tomó algunas decisiones; compró un pasaje de vuelta a su pueblo, y se fue a vivir a casa de una prima por dos años, sin salir jamás. Pensó hacer contacto nuevamente con la subversión. Pero, ¡cómo explicarles! Su debilidad era imperdonable. Nunca le creerían.

Y también debía pensar en su hijo, Samuel. ¿Quién cuidaría de él si ella moría? Poco a poco, empezó a salir nuevamente. La gente hablaba, pero ella simplemente se encogía de hombros. Les decía que había estado trabajando en Lima. Su marido estaba en Lima, dijo, y hacia allá irían pronto ella y su hijo a unírsele. De pronto, un día, él volvió y ofreció casarse con ella. "Yo no quería eso", dice Betty, levantando la barbilla. "Prometió enviarnos dinero pero, después de la primera vez, no llegó nada más. Estamos mejor sin él".

Consiguió un trabajo a medio tiempo. Pero los rumores la enredaron. La policía la detuvo, luego que Sendero realizara un atentado con explosivos en la ciudad. La llevaron a un lugar del cual ha "desapareci-

do" mucha gente. Betty cuenta que en ese momento, tendida boca abajo en la cabina de la camioneta, cubierta con una frazada y bajo las rodillas de un policía, pensó que nunca más vería a su hijo. Cuando la policía la interrogaba, ella sólo lloraba. Dijo que la habían obligado a participar. Era sólo una niña. La suspendieron de las muñecas. Le colocaron cables con electricidad en los senos, las orejas y la vagina. Ella repitióla misma historia. Había sido obligada. Entonces la violaron. Como ella misma dice, la violación fue una especie de hecho automático, que no pretendía forzarla a más confesiones. Lo hacían para relajarse. Fue una sesión larga y no muy interesante.

Esa fue la primera vez. Desde entonces, Betty ha sido apresada varias veces. Cada vez ocurre lo mismo. El viaje al puesto donde la interrogan. Luego la violación. Cada vez ocurre menos. Pero ella nunca sabe cuándo un policía le dirigirá, al verla en la calle, una sonrisa especial de reconocimiento.

Quizá algún senderista la matará por soplona, dice. "Te encontraremos dondequiera que te escondas", dicen los senderistas a los que dudan. "Aunque tengamos que arrastrarte desde la tumba". Pese a sus escasos 27 años, Betty ya no se siente joven o esperanzada. Gana el equivalente a unos 55 dólares al mes, menos los descuentos del sindicato y seguro de salud. Lo que queda alcanza para comprar dos panes diarios, un uniforme escolar y tres pollos desplumados. Ella y Samuel están otra vez en casa de su tía. "Nos toleramos mutuamente", dice, sonriendo débilmente.

Pero en cualquier momento puede vagar por allí alguien que recuerde a la camarada Rita. Quizá, piensa, hubiera sido más inteligente haberse quedado dentro. En ese caso, ya estaría muerta como las otras mujeres que conoció. Es lo único que lamenta, no estar muerta. Lo demás, dice, lo haría de nuevo si tuviera la oportunidad.

Después del arresto de Abimael Guzmán, corrieron rumores de que una mujer asumiría el control de la or

ganización. Podría haber sido Techí Durand o la abogada Martha Huatay, quien hace algunos años había defendido a senderistas y era uno de los cuadros más importantes hasta su reciente detención. De las dos, Huatay era la candidata más probable; Techí aún arrastra demasiadas historias de escapadas y bromas adolescentes. Huatay - con su cara cuadrada, fuerte, una lideresa natural- tiene lo que su colega Laura Zambrano llamaría "el hierro que se necesita para avanzar en el proyecto político" de Sendero Luminoso.

Sería exagerado sugerir que Sendero Luminoso es el futuro para las mujeres, y mucho menos para el Perú. La mayoría de las peruanas no son camaradas, sino dirigentes de comedores populares, clubes de madres, grupos de derechos humanos e iglesias protestantes, y creen que para que se produzca un cambio es necesaria la paz. Y son las víctimas de esta guerra. Como la hermana Aguchita Rivas, quien se encontraba dando una clase de repostería en el poblado de La Florida cuando los senderistas llegaron en busca de la Madre Superiora, "culpable" por distribuir ayuda. La Madre Superiora se encontraba en Lima, de modo que Rivas - de 70 años de edad - tomó su lugar. Su crimen era "distraer a las niñas con dulces". Su verdugo fue una muchacha de 17 años.

Para mí, es demasiado difícil de aceptar el lugar que esa muchacha escogió en el ejército de Guzmán. El anhelo de una sociedad más justa significa para ella - como para Betty, Gloria y Flor - cantar las alabanzas de Gonzalo en un chino chapurreado, bajo una bandera que para el resto del mundo ha devenido en una época muerta. La historia no ha pasado por ellos. Lo terrible es que hay lugares en los cuales el transcurso del tiempo no trae consigo mejores sino peores opciones: las más duras, y las más difíciles de abandonar.

Aquí es donde la esperanza abandonó a Betty, maldiciendo la vida y amando la muerte, una creyente que ya no cree pero que tiene una sola cosa de que arrepentirse: haber vivido para contarlo.

## BIBLIOGRAFIA

ANDREAS, Carol

1990-1991 "Women at War" in **Fatal Attraction: Peru's Shining Path**.  
NACLA: Report on the Americas, vol. XXIV, Number 4.  
December/January.

BECKER, Jillian

1989 **Hitler's Children: the story of the Baader-Meinhof terrorist gang**.  
London: Pickwick Books.

BLONDET, Cecilia

1990 **Las mujeres y el poder. Una historia de Villa El Salvador**. Instituto de  
Estudios Peruanos: Lima.

BOURQUE, Susan C. and Kay WARREN

1981 **Women of the Andes: Patriarchy and Social Change in Two Peruvian  
Towns**. Ann Arbor: University of Michigan Press.

BURGLER, R.A.

1990 **The Eyes of the Pineapple: revolutionary intellectual and terror in  
democratic Kampuchea**. Saarbrücken, Germany: Verlag breitenbach  
Publishers.

CHÁVEZ DE PAZ, Dennis

1989 **Juventud y terrorismo. Características sociales y económicas de los  
condenados por terrorismo y otros delitos**. Lima: Instituto de Estudios  
Peruanos.

COLEGIO DE PERIODISTAS DEL PERÚ

1990 **Sendero de Violencia: Testimonios Periodísticos**. Lima: Colegio de  
Periodistas del Perú y CONCYTEC.

COOPER, H.A.

1976 "Woman as terrorist" in Freda Adler and Rita James Simon, eds. **The  
Criminology of Deviant Women**. New York: Holt, Rinehart and Winston.



DEGREGORI, Carlos Iván

1990 **El Surgimiento de Sendero Luminoso: Ayacucho 1969-1979**. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

1989 **Que difícil es ser Dios: Ideología y violencia política en Sendero Luminoso**. Lima: El Zorro de Abajo Ediciones.

ELSHTAIN, Jean Bethke

1987 **Women and War**. New York: Basic Books.

FARRELL, William R.

1990 **Blood and Rage: the story of the Japanese Red Army**. Lexington, MA: Lexington Books.

GORRITI, Gustavo

1990 **Sendero: Historia de la guerra milenaria en el Perú**. Lima: Apoyo, S.A.

GUZMÁN, Abimael (attributed to)

1989 **Interview with Chairman Gonzalo**. Lima: Red Banner Editorial House.

HEMMING, John

1970 **Conquest of the Incas**. New York, Harcourt Brace Jovanovich, Inc.

LÁZARO, Juan

1990 "Women and Political Violence in Contemporary Peru," in **Dialectical Anthropology**, 15: 233-247.

MACERA, Pablo

1988 "**Sendero y Mama Huaco**", en Cambio.

MALPARTIDA, Daniel

1988 "**Mandonas Dentadas**", en Cambio.

ONO, Kazuko

1989 **Chinese Women in a Century of Revolution**. Stanford, CA: Stanford University Press.

POLICÍA NACIONAL DEL PERÚ

1990 "Participación de la Mujer en la Subversión y en las Fuerzas Antisubversivas". VI Curso Superior de Guerra Política y Seguridad del Estado. Surquillo, Nov.

PRATI, Mary Louise

1992 **Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation**. New York: Routledge.

ROSTWOROWSKI DE DIEZ CANSECO, María

1989 **Doña Francisca Pizarro: una ilustre mestiza, 1534-1598**. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

1988 **Historia del Tahuantinsuyu**. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

SAYWELL, Shelley

1985 **Women in War**. Markham, Ont.: Viking Books.

SILVERBLATT, Irene

1987 **Mon, Sun and Witches: Gender Ideologies and Class in Inca and Colonial Peru.** Princeton, N.J.: Princeton University Press.

STARN, Orin

1991 **Con los llanques todo barro: Reflexiones sobre rondas campesinas y nuevos movimientos sociales.** Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

STERN, Susan

1975 **With the Weathermen: The Personal Journey of a Revolutionary Woman.** Doubleday and Company: Garden City, N.Y.

TERRIL, Ross

1984 **Madame Mao: The White-Boned Demon.** Bantam Books. New York.

TRISTÁN, Flora

1946 **Peregrinaciones de una paria.** Lima: Editorial Cultura Antártica.

WICKHAM-CROWLEY, Timothy P.

1992 **Guerrillas and Revolution in Latin America: A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956.** Princeton, New Jersey: Princeton University Press.

WITKE, Roxane

1977 **Comrade Chiang Ch'ing.** Little , Brown and Company: Boston.

La composición de **Grabado en piedra.**  
**Las mujeres de Sendero Luminoso** fue  
realizada en el Instituto de Estudios  
Peruanos y estuvo a cargo de Aída Nagata.  
El texto se presenta en caracteres Times de  
10 p. con 2 p. de interlínea; las notas de pie  
de página y bibliografía en 8 p. con  
1 p. de interlínea. La caja mide 19 x 39 picas.  
Se terminó de imprimir en agosto de 1993  
en el taller de Gráficos SR Ltda.

Av. Lima 194 Barranco

Teléfono 67-5978

Lima - Perú